

# Conocer Valladolid 2022

XV Curso de patrimonio cultural



REAL ACADEMIA DE  
BELLAS ARTES DE LA  
PURÍSIMA CONCEPCIÓN



Ayuntamiento de  
**Valladolid**

# ÍNDICE

## I . VALLADOLID SUBTERRÁNEO

- Nuevas cábalas sobre la autoría del hallazgo de la Edad del Bronce realizado en 1832 en las obras del canal de Castilla a la altura de Cigales (Valladolid) . . . .** 13  
GERMÁN DELIBES DE CASTRO | Académico
- La población neolítica del valle medio del Duero: resultados del estudio del osario del dolmen de Los Zumacales (Simancas, Valladolid) . . . . .** 31  
ANGÉLICA SANTA CRUZ DEL BARRIO | Universidades de Salamanca y Valladolid
- Hitos en la formación del patrimonio arqueológico vallisoletano . . . . .** 55  
ELOÍSA WATTENBERG GARCÍA | Académica

## II. VALLADOLID. ARQUITECTURA Y URBANISMO

- El convento y la ciudad. Apuntes sobre una Valladolid escondida (entre muros y tapias) . . . . .** 77  
JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ | Académico
- Herramientas para la intervención en el patrimonio arquitectónico. Tecnología aplicadas al análisis y diagnóstico . . . . .** 93  
DAVID MARCOS GONZÁLEZ - JESÚS I. SAN JOSÉ ALONSO | ETSA, UVa

## III. VALLADOLID ARTÍSTICO

- El desaparecido convento de la Madre de Dios, de Valladolid . . . . .** 117  
M.<sup>a</sup> ANTONIA FERNÁNDEZ DEL HOYO | Académica
- Juan José Martín González (1923-2009). En el centenario de su nacimiento . .** 157  
JOSÉ CARLOS BRASAS EGIDO | Académico
- «Donum civitati». La colección del Museo Nacional de reproducciones artísticas del Museo Nacional de Escultura . . . . .** 173  
ALBERTO CAMPANO | Museo Nacional de Escultura

## IV. VALLADOLID INTANGIBLE

- El cine en Valladolid: precedentes y publicidad . . . . .** 201  
JOAQUÍN DÍAZ | Académico
- San Francisco de San Miguel. Vida, martirio e iconografía . . . . .** 225  
ROBERTO BLANCO ANDRÉS | Doctor en Historia

## San Francisco de San Miguel. Vida, martirio e iconografía

ROBERTO BLANCO ANDRÉS | Doctor en Historia

San Francisco de San Miguel, o de La Parrilla, es el nombre de uno de los seis santos actuales reconocidos por la iglesia católica en la diócesis de Valladolid. Fue el primero de los beatos entre los canonizados, el tercero en ser elevado a los altares y el primer santo mártir de la misma diócesis. En este breve artículo se aportan algunas de las claves vitales más interesantes del personaje, conocido durante siglos fundamentalmente a través de crónicas de carácter hagiográfico, lo que si bien respondía a un concreto objeto devocional dejaba sin explicar, y en consecuencia entender, otros múltiples aspectos cruciales para la comprensión del personaje en toda su compleja dimensión<sup>1</sup>.

Se aporta como novedoso un recorrido iconográfico muy actualizado y matizado del santo de La Parrilla. En él se enfatizan cuestiones puntuales relacionadas específicamente con el personaje, habitualmente no contempladas, se ofrecen imágenes de obras después de sus procesos de restauración y, finalmente, otras totalmente inéditas o desconocidas para los estudiosos de la iconografía de los protomártires de Japón.

<sup>1</sup> Para ampliar la información remito a mi libro: BLANCO ANDRÉS, Roberto, *San Francisco de San Miguel. Fraile, embajador y mártir en Japón*, Valladolid, Galland Books, 2016.

## 1. Datos en torno a su nacimiento en La Parrilla, familia y nombre

Tenemos muy pocos datos sobre los primeros años de vida y juventud del santo de La Parrilla. De ese tiempo únicamente nos consta que nació en la localidad vallisoletana de ese nombre, entonces jurisdicción de Portillo y dependiente del arzobispado de Palencia (Valladolid no fue sede obispal hasta 1595 y arzobispal hasta 1857) y que sus padres fueron Francisco de Andrada y Clara de Arco, pero nada concluyente al cien por cien sobre su fecha de nacimiento e incluso sobre el nombre seglar al recibir las aguas del bautismo, pues el de San Francisco de San Miguel fue el que adoptó al entrar en religión. En cualquier caso fue el propio santo quien disipó todas las dudas que pudiese haber sobre su procedencia, pues siempre le gustó que le llamasen Francisco Parrilla. Y en esto fue el único de todo el grupo martirial que siempre apareció en los listados exhibiendo sus orígenes.

La primera fuente impresa que refirió su nacimiento en La Parrilla y el nombre de sus padres fue la escrita por el franciscano fray Juan de Santa María en 1599 con el título *Relación del martirio que seis Padres Descalzos Franciscos, tres Hermanos de la Compañía de Jesús y diecisiete japoneses cristianos padecieron en Japón*, posteriormente reeditada en varias ocasiones con el título *Crónica de la provincia de San José de los Descalzos de la Orden de los menores de nuestro seráfico Padre San Francisco y de las provincias y custodias descalzas que della han salido y son sus hijas*<sup>2</sup>. Lamentablemente Santa María no aportó el nombre seglar ni ofreció directamente el año exacto de su nacimiento.

Habríamos salido de dudas en este punto si el acta de bautismo tradicionalmente atribuido a San Francisco de San Miguel fuese la auténtica. Pero claramente este documento no se corresponde con el personaje, sino con otro vecino de La Parrilla –un tal Francisco de Burgos– nacido el 15 de noviembre de 1549<sup>3</sup>. Ello sin entrar en otras alteraciones que con el paso de los siglos se han efectuado sobre el original, o la radical falta de coincidencia con las fuentes de archivo y las crónicas sobre los sucesos, mayormente jesuíticas y franciscanas. Para embrollar el enredo, estas últimas tampoco terminan por aportar un dato concluyente, con la excepción de la mencionada procedencia y nombre de los padres, ubicando el natalicio por referencias más o menos indirectas entre 1541 y 1546. No obstante, de un análisis pormenorizado, en al menos tres de ellas –las escritas concretamente por Marcelo de Ribadeneira, Jerónimo de Jesús y Juan Pobre de Zamora, todos conocedores del santo parrillano y testigos presenciales del martirio– se puede extraer la fecha de 1545 como la

<sup>2</sup> La *Relación* de Santa María apareció en Madrid en la imprenta del Licenciado Várez de Castro, en una tirada de la que en la actualidad se conservan escasísimos ejemplares (Lisboa, Coimbra, Mazarino de París, Vittorio Emmanuelle de Roma). Después se hicieron al menos otras tres impresiones. También ha sido reproducido recientemente en: LEJARZA, Fidel de, SANTA MARÍA, Juan de, *Relación del martirio que seis padres descalzos franciscanos, tres hermanos de la Compañía de Jesús y diez y siete japoneses (sic) cristianos padecieron en Japon*, Raycar impresores, Madrid 1966. El nombre de los padres apareció por vez primera en: SANTA MARÍA, Juan de *Crónica de la provincia de San José de los Descalzos de la Orden de los menores de nuestro seráfico Padre San Francisco y de las provincias y custodias descalzas que della han salido y son sus hijas* en la Imprenta Real, Madrid 1616, II, Libro III, 132.

<sup>3</sup> Archivo General Diocesano de Valladolid. Parroquias. Libro 1, 1548 B. La Parrilla, Nuestra Señora de los Remedios, fol 4r-4v

más probable para su nacimiento. Todo ello, dicho sea de paso, con las prevenciones advertidas<sup>4</sup>. Pero, nuevamente no encontramos nada sobre el nombre seglar. Paradójicamente – o no, si tal era la costumbre de los cronistas de la época– no aparece recogido ni siquiera en las principales memorias o impresos franciscanos relativos a los mártires de Japón.

Por fin, el dato crucial lo encontramos en un importante manuscrito del franciscano fray Matías de Sobremonte sobre la historia y el arte del convento de Valladolid, en donde San Francisco de San Miguel, fue profeso, escrito en 1660. Su título: *Noticias Chronographicas y Topographicas del Real y religiosísimo convento de los Frailes Menores Observantes de S. Francisco de Valladolid, cabeza de la Provincia de la Inmaculada Concepción de N. Señora y es su autor Frai Mathias de Sobremonte, indigno Fraile Menor y el menor de los moradores del mismo Convento*. El nombre seglar que buscamos, además de la fecha de profesión –no registrada por ningún cronista previo–, aparece en el título VIII («De los hijos de singular y conocida virtud que ha tenido este convento») de la siguiente manera:

«En 9 de enero del año 1567 tomó el hábito en este convento para religioso lego Juan del Arco, natural de La Parrilla, junto a Tudela de Duero. Por eso le llaman comúnmente Fr. Francisco de La Parrilla; él se llamó en la religión Fr. Francisco de San Miguel<sup>5</sup>»

Aclarados estos puntos, el resto de conocimiento que tenemos sobre Juan del Arco en La Parrilla es muy escaso, en ocasiones suministrado por los cronistas, con mayor o menor verosimilitud dependiendo del conocimiento personal del protomártir, o directamente por las tradiciones orales. Parece que el lugar donde nació fue el sitio en el que actualmente se levanta la ermita a él dedicada (algo que también ocurre con alguno otro de los mártires de Japón), cuya construcción comenzó en el siglo XVII. El “boca a boca” centenario ha deducido incluso que la cocina de la vivienda familiar se habría ubicado en el espacio en que actualmente se levanta la sacristía. En 1542 La Parrilla tenía ochenta y siete habitantes. Juan del Arco hubo de ser bautizado en la iglesia de la localidad, que lleva la advocación de Nuestra Señora de los Remedios. Se trata de un templo de estilo gótico que había comenzado a construirse a lo largo del primer tercio del siglo XVI sobre otro gótico mudéjar del XIV, del que únicamente se conserva el ábside.

Las fuentes franciscanas afirman que los padres del santo, Francisco y Clara, eran labradores acomodados y muy devotos de San Francisco de Asís, como debían serlo algunos otros familiares. Ribadeneira relata que de hecho conoció a una tía del santo que le recibía a él y

<sup>4</sup> BLANCO ANDRÉS, *San Francisco de San Miguel*. 21-31. Citamos la obra de los autores mencionados: RIBADENEIRA, Marcelo de, *Historia de las Islas del Archipiélago y Reynos de la Gran China, Tartaria, Cunchincina, Malaca, Sian, Camboxa y Iappon, y de los sucedido en ellos a los Religiosos Descalzos, de la orden del Seraphico Padre San Francisco*, Imprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, Barcelona 1601; SAN ANTONIO, Juan Francisco de, *Crónicas de la apostólica provincia de San Gregorio de religiosos descalzos de N.S.P. S. Francisco en las Islas Filipinas, China y Japón*, impresa en la imprenta del uso de la propia Provincia, sita en el Convento de Ntra. Señora de Loreto del pueblo de Sampaloc, extramuros de la ciudad de Manila, por Fr. Juan del Sotillo, 1744; PÉREZ, Lorenzo, «Fr. Jerónimo de Jesús, restaurador de las misiones del Japón. Sus cartas y relaciones (1595-1604)», *Archivum Franciscanum Historicum* 19, (1926).

<sup>5</sup> Este manuscrito está fechado a 20 de diciembre de 1660 y es considerado como la fuente principal para conocer la historia del convento de San Francisco de Valladolid hasta la fecha de su firma. Actualmente el ejemplar está depositado en la Biblioteca Nacional en Madrid.

a sus compañeros a su paso por tierras parrillanas con gran generosidad y dádiva. Esta circunstancia contribuyó a afianzar la amistad que tuvo con San Francisco de San Miguel cuando le conoció al llegar a Japón en 1594. En este punto es inevitable la tentación de dejar aparcado por un momento el laconismo de la crónica que refiere esta gran casualidad para imaginarnos la alegría y sorpresa del parrillano al conversar con Ribadeneira sobre su familia, de la que probablemente hacía mucho tiempo que no tenía noticia, y de aquella pequeña y entrañable aldea del páramo vallisoletano que había dejado atrás muchos años atrás. Por este motivo, como por la coincidencia de compartir ambos techo y misión en el país del sol naciente, la *Historia* de Ribadeneira es la que ofrece uno de los caudales más interesantes sobre la personalidad del santo parrillano.

Los datos que han trascendido sobre su infancia y juventud apelan su carácter generoso, su escasa instrucción y la adopción de su primer mote, el de “conciencia”, que le habría de seguir el resto de su vida, hasta el punto de que en la actualidad es uno de los patronímicos con que se le aclama en las procesiones. Esta denominación hacía referencia a su invariable costumbre de responder ante algo que no juzgaba ser justo o razonable con un “eso no es conciencia”<sup>6</sup>. De esos primeros años también ha llegado una tradición oral en la que se narra que en sus años mozos había logrado salvar la vida de un niño que había caído a un pozo muy próximo a su casa, cuyo brocal –siguiendo la misma tradición– se conservaría en la actualidad junto a la ermita. Probablemente el joven Juan ayudó a sus padres en las tareas agrícolas hasta que pasó al servicio de gentes de Corte en Medina del Campo y en Valladolid.

## 2. De Observante a Descalzo

Pasado un tiempo en el que fallecieron sus progenitores y un breve regreso a La Parrilla el joven Juan del Arco decidió entrar en el convento de San Francisco de Valladolid. La ciudad, de unos treinta y cinco mil habitantes, hacía pocos años que había sufrido el terrible incendio del 21 de septiembre de 1561, el día de San Mateo. El ingreso en el convento hubo de ocurrir posiblemente a finales de 1565 o ya en 1566. Transcurrido el tiempo del noviciado, cuando contaba con veintiún años de edad profesó el 9 de enero del año siguiente –según las aludidas letras de Sobremonte– como fraile lego, trocando el nombre secular por el de San Francisco de San Miguel. Su cometido en el tiempo que allí estuvo fue el cuidado de la huerta así como la cocina y otras dependencias conventuales.

El convento de San Francisco era la cabeza de la provincia franciscana de la Inmaculada Concepción. En él la comunidad vivía de acuerdo con la llamada rama observante de la

<sup>6</sup> NENCLARES, Eustaquio María, *Vidas de los mártires del Japón, San Pedro Bautista, San Martín de la Ascensión, San Francisco Blanco y Francisco de San Miguel, todos de la orden de San Francisco, naturales de España, Seguida de una reseña biográfica de los 22 restantes no españoles y la de San Miguel de los Santos*, Imp. de la Esperanza, Madrid 1862, 100.

Orden, promovida tiempo atrás por el reformador fray Pedro de Villacreces († 1422) frente a los conventuales. Los observantes se caracterizaron por su rigorismo y la extrema austeridad. San Francisco era uno de los tres monasterios más grandes de la ciudad, y su comunidad la más numerosa después de los dominicos de San Pablo. En torno a 1570 la comunidad rondaba los cien religiosos como mínimo.

Fray Francisco absorbió el espíritu de la observancia villacreciano. Se impregnó profundamente del sentido de esa reforma. Como lego que era quiso imitar la vida de otros legos históricos del franciscanismo como fray Gil de Asís y fray Junípero de Asís, cuyas biografías aprendió de memoria, y cuyo ejemplo de pobreza, humildad y recogimiento aspiró a seguir. La aspiración extrema por la austeridad y la pobreza seráficas le llevó pronto a otros conventos. Sin llegar posiblemente al año en San Francisco se dirigió a continuación al convento Nuestra Señora de la Consolación o Calahorra (en la actualidad Ribas de Campos, provincia de Palencia)<sup>7</sup>, fundado por el reformado franciscano Pedro de Santoyo. Su estancia aquí fue mínima. A finales de 1567, o ya a inicios de 1568, pasó al convento de El Abrojo en Laguna de Duero, llamado *Scala Coeli* –“Escalera al cielo”– porque según la tradición siendo conventual en él San Pedro Regalado bajaba el mismo San Francisco de Asís por una escalera desde el cielo para bendecir el lugar. Francisco de La Parrilla estuvo en El Abrojo tres años (1567-1668/70). El monasterio había sido fundado por Villacreces a inicios del siglo XV y para los frailes de la Orden seguidores de la observancia era un auténtico baluarte del franciscanismo más riguroso<sup>8</sup>.

En El Abrojo el parrillano vivió con intensidad los códigos y reglas más ortodoxas de la piedad franciscana. Aplicaba con obstinación la maceración de la carne con disciplinas o la mortificación en las comidas. El lego vestía el hábito de los franciscanos reformados de tela burda, formado por un sayal grueso, como el que gastaban los campesinos, con esparto, sin capilla puntiaguda y sin muceta<sup>9</sup>. Siendo conventual de *Scaela Coeli* parece probable que visitase las localidades próximas de Boecillo, Aldeamayor de San Martín, Viana de Cega, Tudela de Duero, la Cistérniga y su pueblo natal, La Parrilla, para pedir limosna o solicitar el pan que pocos años antes había trabajado en las tierras del páramo.

Pero San Francisco, Ribas de Campos o El Abrojo parecían no ser suficientes en la búsqueda del franciscanismo más extremo al que aspiraba el lego. Fray Francisco quería militar en la nueva corriente franciscana de la descalcez, que en su vocación iba un paso más allá del rigor de los observantes. Los descalzos constituían la última corriente reformada de

<sup>7</sup> La única noticia que tenemos de su estancia en aquel sitio es debido a una escueta lápida que atestigüa su paso por allí, como bien recoge el cronista fray Francisco Calderón: “de este convento salió el santo mártir San Francisco de la Parrilla, hijo de esta provincia [de la Concepción], cuando fue a padecer martirio; y en la celda donde vivió está esta memoria: en esta celda vivió el Beato Fray Francisco de la Parrilla, mártir del Japón”: CALDERÓN, Francisco (transcripción y notas de Hipólito Barriguín Fernández), *Primera parte de la Crónica de la Santa Provincia de la Inmaculada Concepción*, Valladolid, Imprenta Kadmos, Diputación de Valladolid 2008, 249.

<sup>8</sup> MARTINEZ SOPENA, Pascual, «La capital del rigor. Valladolid y los movimientos observantes del siglo XV», en BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier (Coord.) *La Ciudad del Regalado*, Ayuntamiento de Valladolid 2004, 50.

<sup>9</sup> EGIDO LÓPEZ, Teófanés, «Vida y milagros de San Pedro Regalado», en BURRIEZA SÁNCHEZ J., (Coord.) *La Ciudad del Regalado*, Ayuntamiento de Valladolid, 2004, 28-29.

la inquieta espiritualidad seráfica. Como hiciesen los observantes un siglo atrás frente a los conventuales, los descalzos exigían, en inflexible oposición a los observantes, un franciscanismo más radical, en sintonía con el espíritu auténtico del fundador. Sus promotores habían surgido muy poco después de la aparición de los observantes, de la mano de las prácticas eremíticas de fray Juan de la Puebla o de Sotomayor (1453-1495) y de su discípulo fray Juan de Guadalupe († 1506), auténtico promotor de esta nueva reforma que no apelaba ya a la “estrecha observancia” sino a la “estrechísima observancia”. En ese proceso resultó fundamental San Pedro de Alcántara (1499-1562) quien en 1560 fundó la provincia de San José de los descalzos, referente indiscutible del radicalismo franciscano en el rigor y la pobreza. Sus frailes fueron conocidos como los “capuchos”.

Esta aspiración del lego parrillano le llevó a dejar El Abrojo para tratar de ingresar en una casa de descalzos franciscanos. El lugar hacia donde ahora dirigió sus pasos fue el monasterio franciscano de Nuestra Señora de Arrábida, de la provincia seráfica de Arrábida, un núcleo descalzo de gran importancia en ese tiempo, emplazado en la sierra del mismo nombre, al sur de Lisboa, en el entorno del estuario del Tajo. La Arrábida había sido fundada en 1539 por fray Martín de Santa María Benavides (*frey Martinho*), promotor incondicional de una austerísima reforma. En sus inicios también había contado con el impulso de San Pedro de Alcántara, que precisamente pasó por allí un tiempo en retiro eremítico.

Obtenida la correspondiente licencia de sus superiores Francisco de La Parrilla partió hacia Arrábida a finales de 1570 o inicios de 1571. Le acompañó otro religioso franciscano, probablemente Francisco de Cebreros. Hizo todo el trayecto andando y descalzo, como prescribían las reglas franciscanas, y a imitación de los desplazamientos que a pie –esto es sin usar el caballo– y sin calzado habían realizado ya otros religiosos icónicos de la descalcez como San Pedro de Alcántara en su caminata a Roma o fray Pedro de Jerez en su trayecto a Portugal. Desconocemos el motivo pero el hecho es que cuando Francisco de San Miguel y Cebreros llegaron a Lisboa, el general de la Orden no aceptó su entrada en la Arrábida y tuvieron que regresar a España.

No obstante el parrillano consiguió su propósito de entrar en la descalcez pues poco después, bien hacia finales de 1570 o a comienzos del año siguiente, fue admitido en la provincia franciscana descalza de San José de la mano de su superior fray Pedro de Jeréz. La provincia de San José había sido creada en 1561 a instancias de San Pedro de Alcántara bajo unas *ordenaciones* de estrecha observancia y rigurosa pobreza. Fray Francisco pasó a vestir el hábito característico de estos frailes, confeccionado siguiendo indicaciones de San Pedro de Alcántara: no debía no debía llegar a lo largo más allá del tobillo, ni podía tener una anchura de más de diez palmos; los mantillos no debían cubrir los dedos; el calzado propiamente dicho era reservado para viejos y enfermos, mientras que los zapatos eran una auténtica excepción; los frailes sanos debían ir descalzos de pie y pierna, puesto que la descalcez era uno de los rasgos distintivos de la reforma. Los descalzos pedían limosna de puerta en puerta, vivían en los hospitales, pernoctaba en las iglesias y predicaban el Evangelio en las plazas de los pueblos.

La provincia de San José enfiló su actividad hacia la evangelización de América y del Extremo Oriente, por lo que el futuro del parrillano desde su entrada en esta corporación iba encaminado hacia alguno de esos destinos. Es importante destacar la influencia arquetípica



que ejerció fray Pedro de Jerez en el lego Francisco de San Miguel, en realidad el referente personal más directo, por no decir único entre los grandes promotores de la descalcez. Destacado por la ortodoxia en la regla y la intransigencia en sus penitencias y ayunos, ya antes de su profesión con los franciscanos fray Pedro había llevado una vida de eremita durante una larga década. Sin duda fue con este fraile con quien el lego parrillano aprendió a vivir la descalcez tal y como podemos inferir de las conversaciones que tendría años más tarde en Japón con el cronista Marcelo de Ribadeneira.

Desconocemos el convento en que comenzó su andadura en la descalcez. La primera acción de la que tenemos noticia en la provincia de San José fue de un viaje que realizó a Roma junto con otros franciscanos encabezados por fray Pedro de Jerez para asistir al capítulo general de la Orden que allí se iba a celebrar en junio de 1571. Otro viaje, por supuesto, descalzo. Entre los frailes que formaban la comitiva seráfica iba Francisco de Gata, con quien fray Francisco tendría buen trato y amistad. Parece que el lego dio amplia información a Ribadeneira de este viaje a Roma y de que estuvo en varias ocasiones bajo la obediencia de Pedro de Jerez, lo que lleva a concluir al cronista Juan Francisco de San Antonio que el parrillano estuvo a las órdenes de fray Pedro en el convento de la Purísima Concepción de Peñaranda de Bracamonte.

Tenemos muy pocos datos de la vida del lego en esta década hasta 1580 en que salió de España. Sabemos que estuvo adscrito a los conventos franciscanos de Coca (Segovia), bajo la adscripción de San Pablo, y el de Medina el Campo (Valladolid) pero no cuándo ni cuánto tiempo. Como tampoco si estuvo en algún otro convento.

### 3. En México y Filipinas

En 1579 siendo conventual en Medina del Campo fray Francisco se enroló para las misiones de Filipinas, atendiendo los requerimientos de misioneros que realizaban los frailes comisarios que recorrían los conventos para reclutar adeptos. El comisario que le reclutó fue el lego Antonio de San Gregorio, que en aquellos años buscaba operarios franciscanos para las misiones de Filipinas. Un destino, por cierto, al que tres años antes había partido fray Pedro de Jeréz y en cuyo viaje –tal y como había previsto en una visión– había muerto en el trayecto en alta mar. He aquí, por tanto, un primer referente del santo parrillano para su viaje a Filipinas. El otro, según, el cronista San Antonio, fue Francisco de Gata, aquel fraile que compartió camino con el lego en el trayecto a Roma<sup>10</sup>.

Por consiguiente, ese mismo año acudió a San Lúcar de Barrameda para embarcar junto con otros catorce franciscanos. Varios problemas sobrevenidos al zarpar la flota, en la que iba el siguiente gobernador de Filipinas, Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, impidieron que el barco

<sup>10</sup> SAN ANTONIO, *Crónicas de la apostólica provincia de San Gregorio*, 1744, parte III, Libro III, capítulo XXVI, 759.

en el que iban los franciscanos pudiese navegar. Para su desgracia se quedaron en tierra y regresaron a sus conventos: fray Francisco al de Medina del Campo. Transcurrido un año se juntó nueva misión de franciscanos. Todos, en torno a una treintena, fueron congregados en el convento de San Bernardino, extramuros de Madrid. Entre ellos se encontraba fray Pedro Bautista futuro mártir en Japón junto a fray Francisco de San Miguel, y hombre de gran trascendencia en la provincia de San José y en la Orden franciscana en general. Esta misión es conocida en las crónicas franciscanas como la misión del pendón, por el estandarte que les entregó el nuncio y que enarbolaron, a pie y descalzos, en su trayecto hasta Cádiz.

Embarcados en 1580 esta vez sí la armada efectuó sin grandes contratiempos el trayecto oceánico hasta llegar al puerto de Veracruz. En Nueva España Francisco de La Parrilla estuvo destinado como portero en San Cosme, enclavado en México, la capital virreinal, monasterio que fue concebido como escala en el trayecto que realizaban los franciscanos procedentes de España con destino a las Filipinas. De la estancia en México ha trascendido la noticia de un desplazamiento a la tierra de los chichimecas. Las crónicas son un tanto confusas en el relato. Se habla de que fue con otro fraile y de que probablemente el cometido final era encontrar a otro religioso franciscano del que no se tenían noticias desde hacía tiempo. Los chichimecas eran un conjunto de pueblos indígenas del norte de México, con fama de belicosos, que se había enfrentado en diversas guerras a los españoles. Se trataba también de un territorio de misión franciscano, que en aquellos años había dejado una larga lista de mártires a la Orden. En consecuencia, la misión encomendada al lego parrillano podría entrañar algún tipo de riesgo, que es lo que efectivamente recogen las fuentes que lo han tratado. No conocemos cuándo tuvo lugar, ni su duración y ni siquiera si cumplió el supuesto objetivo confiado. Parece que los dos legados levantaron una ermita improvisada en la que fray Francisco se confesaba y su compañero sacerdote pronunciaba la misa, en una de las ocasiones en Jueves Santo<sup>11</sup>.

Por fin, en 1583 fray Francisco de San Miguel pasó a Filipinas. Se desplazó en consecuencia hasta Acapulco y embarcó en la misión presidida por Pedro Bautista, quien iba destinado al archipiélago magallánico como visitador de los franciscanos. Llegaron a Manila en septiembre de 1583. La comitiva franciscana estaba integrada por quince religiosos y era la cuarta en arribar a Filipinas desde la llegada a las islas de los primeros en 1578. La presencia hispánica era muy reciente y se había concebido con un triple propósito inicial: político-religioso: incorporación de tierras para la monarquía y evangelización; comercial: arrebatar a los portugueses el dominio de la especiería (clavo, pimienta, nuez moscada); y científico: la “vuelta de Poniente”.

Los franciscanos que habían ido llegando al archipiélago en los años anteriores se fueron distribuyendo por distintos puntos de las islas, e incluso tomando dirección a otros territorios vecinos como Macao o China. En Filipinas, en torno a 1579 contaban con misiones establecidas en Ilocos, Camarines, Balayan, Mindoro, Tondo, Laguna y Tayabas. La mayor

<sup>11</sup> Sobre la acción franciscana en el área: BORGES MORÁN, Pedro, «Los problemas de la Iglesia (1568-1700)», en RAMOS PÉREZ, Demetrio (Coordinador), *América bajo los Austrias*, Manual de Historia Universal, Ediciones Nájera, Madrid 1987, 86; NENCLARES, *Vidas de los mártires del Japón*, 102-103; RIBADENEIRA, *Historia de las Islas del Archipiélago*, libro VI, capítulo V, 600.

parte de los religiosos que estaban llegando al archipiélago procedían de la provincia de San José, como el propio fray Francisco de La Parrilla, solo que desde que entraron en estas regiones habían ido pasando a formar parte de la custodia de San Gregorio<sup>12</sup>.

El primer destino del lego fue la portería del convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles en Manila, el principal de la Orden en Filipinas, ubicado en la zona noreste de Intramuros. El convento profesaba evidentemente la rama reformadora de los alcantarinos o descalzos de acuerdo con su procedencia josefina. Aquí recibió otro de sus apelativos: el de “Padre Bueno”<sup>13</sup>. Otro se afianzó ahora, pero es bastante razonable pensar que venía de atrás, y es el de “Francisco Parrilla”, que es como le llamaban no sólo sus compañeros de religión sino otros tantos civiles, tal y como puede comprobarse en los abundantes testimonios que siguieron al martirio. El lego era tenido por un fraile probo y virtuoso, así como aficionado a las penitencias. Era además lector asiduo de sermones en el refectorio mientras sus hermanos comían, a los que exhortaba a la virtud y la observancia regular.

Después de un tiempo de estancia en el convento manileño fray Francisco fue destinado a las misiones de Camarines, al este de Luzón. Para ello había estudiado el bicolano, que era el idioma que se hablaba en los territorios vecinos de Albay, Masbate, Ticao, Burias y Catanduanes. El franciscano estuvo un lustro en la región residiendo principalmente en la ciudad de Naga, dedicando su tiempo a actividades misionales y al trabajo en el hospital del convento, conocido como de San Diego o San Lázaro.

En su rol de misionero en Camarines Francisco Parrilla recorrió abundantes pueblos de la provincia en las faldas del monte Isarog. Las crónicas cuentan que tuvo un celo especial en bautizar a los enfermos. En esta región desarrolló un afecto caritativo y afable con los nativos, que le llamaron el “Padre Santo”. Este apodo también tuvo que ver con su fama de milagrero, que empezó a tener precisamente desde su estancia en la región, y especialmente en virtud de tres milagros que aquí se le atribuyen. El primero ocurrió durante una festividad de San José. Estando en esa ocasión un compañero franciscano oficiando misa un 19 de marzo ante una gran multitud, el lego le pidió encarecidamente que le dejase dirigirse a los feligreses. Ante su insistencia el oficiante, sorprendido, le preguntó: “¿Cómo lo vas a hacer si apenas conoces el idioma?”; a lo que fray Francisco respondió: “no importa hermano, que puede ser que sepa”. Y según las crónicas se hizo entender ante el auditorio en bicolano siendo –como refiere Juan Francisco de San Antonio– “el espíritu santo el que hablaba por su boca”<sup>14</sup>. Desde entonces, por cierto, le cayó otro apodo: del de “Padre Enseñador”. El segundo milagro que se le atribuye en Camarines fue el de salvar a una india enferma que recuperó el habla después de haberle hecha la señal de la cruz en la lengua. El tercero hace referencia a la sanación de un indio picado por una culebra.

<sup>12</sup> RODRÍGUEZ, Isacio, «Filipinas: La organización de la Iglesia», en BORGES, Pedro, *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Estudio teológico de San Ildefonso de Toledo, Quinto centenario (España), Madrid 1992, 703-720.

<sup>13</sup> GARCÍA, Martín, *Novena en honor de los Santos Mártires del Japón, seguida de un extracto de sus vidas admirables*, Imprenta de Miguel Sánchez y Cía, Binondo 1865, 26-27.

<sup>14</sup> SAN ANTONIO, *Crónicas de la apostólica provincia de San Gregorio*, 1744, parte III, Libro III, capítulo XXVII, 767.

Durante su tiempo de estancia en el convento de Naga fray Francisco aprendió a tratar a los llagados o leprosos, en una comarca especialmente propensa para el desarrollo de estas afecciones por la costumbre de los nativos de andar descalzos.

De Camarines el parrillano pasó a Manila, continuando sus trabajos como enfermero en el hospital de naturales, al lado del convento de Nuestra Señora de los Ángeles, que también era conocido como de Santa Ana, de la Misericordia, de los Padres Franciscanos, del Obispo y finalmente de San Lázaro. Allí coincidió con el lego fray Juan Clemente, un personaje de la mayor competencia y conocimiento que tiempo atrás había pasado por El Abrojo. Con él continuó aprendiendo nuevos tratamientos para el cuidado de los leprosos o llagados<sup>15</sup>.

#### 4. Embajada y estancia en el Japón de Hideyoshi

Mientras todo esto ocurría y Francisco Parrilla trabajaba despreocupado en el hospital de Manila, en Filipinas habían comenzado a surgir preocupaciones. Japón, después de siglos de división y guerras civiles, recientemente se había unificado en su mayor parte bajo la égida de Oda Nobunaga, con quien comenzó la llamada era *Tensho* (1568-1602). Asesinado éste, desde 1582 el poder real estaba en manos de su lugarteniente, Toyotomi Hideyoshi quien a la altura de enero de 1591 había logrado la práctica unificación del territorio. El emperador, Go-Yozei, era en realidad una figura meramente representativa. En este proceso Hideyoshi –conocido como *Taikozama*, entre otros apodos, en las fuentes cristianas– proyectó una campaña de expansión imperial fuera del archipiélago, con Corea y China como objetivos más apetecidos. Con esta empresa Hideyoshi accedía a las riquezas de la China continental a la par que implicaba a los principales señores del país en un objetivo común, contribuyendo a alejar a los más hostiles a su poder, para evitar lo sucedido con Nobunaga<sup>16</sup>.

Fue precisamente en este contexto, cuando estaba a punto de comenzar la campaña de invasión de Corea, en que Hideyoshi exigió a Filipinas que rindiese vasallaje a Japón. La carta con los requerimientos del gobernante nipón llegó a Manila en mayo de 1592, justo en el momento en que las fuerzas japonesas comenzaban la invasión de Corea. El gobernador de Filipinas Gómez Pérez Dasmariñas, asustado por un requerimiento que venía redactado en términos extremadamente conminatorios– de no acceder al vasallaje se amenazaba

<sup>15</sup> Amplia información en: SÁNCHEZ FUERTES, Cayetano, «El hospital franciscano de los naturales de Filipinas, siglos XVI-XVII», en *Archivum Franciscanum Historicum* 104, (2011), 107-117. La estancia de Francisco de San Miguel en el mismo citada en: ID., «El hospital de San Lázaro de Manila, siglos XVIII y XIX», en *Archivum Franciscanum Historicum* 108, (2015), 269.

<sup>16</sup> RUIZ DE MEDINA, Juan, *El martirologio del Japón, 1558-1873*, Institutum Historicum S. I, Roma 1999, 74. Hideyoshi planificó la conquista de la China de los Ming con el objeto de acceder a sus materias primas y de paso recompensar con feudos en ese territorio a sus vasallos. Corea se negó a dejar pasar las tropas del regente y por eso fue invadida.

con la conquista y la desolación—, solicitó refuerzos y pertrechos al rey, y preparó una embajada para tratar para rebajar la tensión. La legación estuvo encabezada por el dominico fray Juan Cobo y partió para Japón rápidamente, el 29 de junio. Parece que consiguieron reunirse con Hideyoshi el 15 de agosto en Nagoya, cuartel general desde donde dirigía la guerra de Corea, y que en un encuentro cortés y con regalos, le hicieron entrega de una carta en la que se transmitían los deseos de amistad del rey pero en ningún caso de vasallaje. De la respuesta final que Hideyoshi dio al dominico no hubo más que conjeturas. Al emprender el viaje de vuelta uno de los dos barcos de la comitiva naufragó en Formosa (Taiwan) resultando muertos varios de sus integrantes por ataque de los nativos, entre ellos el propio Cobo. Los supervivientes que llegaron a Manila no pudieron ofrecer información fidedigna al gobernador Pérez Dasmariñas, por lo que éste convino en preparar una nueva embajada<sup>17</sup>. En esta ocasión pensó en los franciscanos.

En mayo de 1593 el gobernador de Filipinas encargó al superior franciscano Pedro Bautista la preparación de una misión para desplazarse hasta Japón. El objetivo era disipar las dudas que había dejado sin respuesta la desaparición de Cobo, conocer las auténticas intenciones de Hideyoshi respecto a Filipinas y desviar sus posibles pretensiones mediante una diplomacia de entretenimiento. La elección se efectuó en una junta de religiosos con el único voto discrepante del jesuita Antonio Sedeño, defensor de las tesis de la exclusividad de la evangelización de Japón por la Compañía de Jesús en función de la bula de Gregorio XIII (*Ex Pastoralis Officio* de 28 de enero de 1585), a la que los franciscanos contrapusieron la bula *Dum Uberes* de Sixto V, (15 de noviembre de 1585) según la cual quedaba terminantemente revocado el monopolio jesuítico y se habilitaba la participación de otras corporaciones religiosas.

Junto con Pedro Bautista como principal responsable de la embajada iban el sacerdote Bartolomé Ruiz, y dos hermanos legos, el primero, Gonzalo García, natural de Bassain o Bassein (actualmente Vasai, India), hijo de padre portugués y madre india, buen conocedor del japonés, dada su estancia durante unos años en este país con los jesuitas, hasta que había decidido profesar en la Orden de San Francisco y pasar a Manila; y el segundo, Francisco de San Miguel, el discreto portero y enfermero parrillano. En la elección de este último pesaron las recomendaciones de Cobo en una carta, en la que incluía también otros nombres de franciscanos; la confianza que el propio Pedro Bautista siempre depositó en él; sus conocimientos sanitarios; y también sus pequeños conocimientos de japonés, que había ido aprendiendo en pequeñas dosis mientras atendía a súbditos de esta nacionalidad en el hospital de Manila. Por su parte, el parrillano se había mostrado muy próximo a los japoneses que trataba en el hospital y decía sentir gran emoción por ir allí cuando sentía en su rostro las corrientes de aire que él creía que procedían de esa dirección, a lo que él llamaba los “vientos japónicos”.

Finalizados los preparativos la nueva embajada zarpó de Manila el 26 de mayo de 1593. Estuvo integrada por dos barcos, en el primero iban los dos sacerdotes, Pedro Bautista y Bartolomé Ruiz, que viajaban en el navío del portugués Pedro González de Carvajal; mientras que en el otro, también de nacionalidad lusitana, compartían pasaje los dos hermanos

<sup>17</sup> CABEZAS, Antonio, *El siglo ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*, Universidad de Valladolid, Valladolid 2012 (primera edición 1995), 215-216.

legos, Gonzalo García y Francisco de San Miguel, junto con el japonés Pablo Harada, implicado en las negociaciones. El trayecto duró aproximadamente treinta y nueve días, padeciendo en él fuertes tormentas que distanciaron las naos, que al llegar a Japón lo hicieron en puertos distintos: la de Carvajal entró el 4 de julio en el puerto de Hirado, y la de los dos legos días después en Nagasaki.

Previa realización de las gestiones oportunas, Hideyoshi recibió a los franciscanos en Nagoya, desde donde seguía dirigiendo la campaña de Corea, ahora crecientemente desfavorable para los japoneses por el repliegue en varios escenarios del teatro de operaciones. El encuentro se produjo en octubre de 1593 y tuvo como escenario una sala de grandes adornos y riqueza. Tras el saludo y la entrega de credenciales los franciscanos ofrecieron varios regalos y entregaron la carta de Pérez Dasmariñas reiterando los ofrecimientos de paz. Habló, por boca de Bautista, el lego Gonzalo García, conocedor del japonés. Hideyoshi inicialmente reiteró sus exigencias a lo que el comisario franciscano respondió explicando que la embajada sólo tenía licencia para asentar las paces y firmar un acuerdo de amistad. Hideyoshi aparcó sus exigencias y finalmente aceptó el trato y les permitió establecerse en el reino el tiempo que estimasen necesario. A continuación *Taikozama* les invitó a comer en una sala diferente, que tenía las paredes, el techo y el suelo cubierto por láminas de oro. La presencia de los franciscanos en aquella estancia, todos descalzos, con sus hábitos austeros era la antítesis de aquella opulencia. El convite dejó algunas secuencias llamativas o curiosas. Hideyoshi gastó una desusada familiaridad con los franciscanos, llegando a ofrecerles, contra los usos del país, comida de su propio plato. Platicó manifestando interés sobre el estilo de vida y vestimentas franciscanas, así como sobre cuestiones varias en torno a las creencias religiosas o el rey de España. En una ocasión llegó incluso a agarrar el cordón del hábito de Pedro Bautista y fingió cómicamente flagelarse con él.

Por último Hideyoshi, después de aceptar su estancia, se comprometió a proporcionarles una residencia y manutención. En este punto existe controversia entre diversos historiadores sobre si realmente se les concedió licencia para predicar o no. Y esto porque efectivamente desde 1587, en que se había decretado la expulsión de los jesuitas –presentes en el país desde la llegada de San Francisco Javier en 1549–vivían practicando el cristianismo en una clandestinidad relativamente tolerada. Por parte franciscana se ha apelado que Bautista, como él mismo manifestó en diversas comunicaciones con sus superiores, recibió dicha licencia pero solo para convertir a gente pobre, habiéndose de realizar los bautismos secretamente.

La embajada salió de Nagoya y se estableció en Meaco (actual Kioto), esto es, la capital imperial, que entonces tenía unos cien mil habitantes. Allí Fugem, mayordomo de palacio, les hospedó en su domicilio durante un tiempo. En esta casa particular los franciscanos comenzaron a realizar sus primeros trabajos de carácter evangélico y sanitario. Aquí celebraron con la mayor solemnidad posible la Semana Santa. Durante la ceremonia cobró un protagonismo inesperado Francisco de La Parrilla. En el curso de la liturgia del Viernes Santo, falto de palabras japoneses con que expresar la pasión de Cristo a los feligreses nipones, se desnudó la espalda y ordenó a uno de ellos, León Karasumarú, que la azotase hasta hacerle sangrar mientras iba andando con un crucifijo en las manos<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> RIBADENEIRA, *Historia de las Islas del Archipiélago*, libro IV, capítulos X-XI, 382-383.

Como la casa de Fugem se les quedaba pequeña consiguieron licencia de Hideyoshi para establecerse en un terreno de mayor tamaño. Se les permitió ubicarse a las afueras de la ciudad, en un sitio llamado Miyomanji, de cerca de 508 metros cuadrados, solar de un templo anterior, libre de vecinos y próximo al río. Ahí nació el primer convento franciscano en Japón, paradójicamente con el beneplácito de Hideyoshi, quien siete años antes había ordenado la expulsión de los jesuitas de Japón. Recibió el nombre de Nuestra Señora de los Ángeles de Porciúncula<sup>19</sup>.

La misión cobró pronto buen ritmo sobre la base del trato cordial acordado con *Taikozama*, que en principio parecía beneficiar a ambas partes. A Hideyoshi porque en su contexto de guerra, desechando por ahora sus exigencias de vasallajes, podía abrir aparentemente una puerta al comercio con Manila, una vez cerrada la vía mercantil con el Macao portugués y sus ricas mercaderías por la inseguridad en el mar acarreada por los enfrentamientos. Mientras que para los franciscanos además de rebajar la tensión de la amenaza de invasión sobre Filipinas les brindaba la posibilidad de realizar una discreta evangelización.

Mientras tanto en Manila se recibieron con alivio las noticias de los frutos de la embajada al regreso de Pedro González de Carvajal, que dio cumplida cuenta de las gestiones de Pedro Bautista y compañeros. El nuevo gobernador, Luis Pérez Dasmariñas, hijo del anterior, remitió una nueva embajada para asentar lo logrado hasta el momento. En ella aportaron a Japón cuatro franciscanos: el portugués Jerónimo de Jesús, y los españoles Marcelo de Ribadeneira, Agustín Rodríguez y Andrés de San Antonio, que murió en el viaje. Con ellos también iba el comerciante español Bernardino Ávila Girón, que años más tarde escribiría una *Relación sobre Japón*. El 27 de agosto de 1593 desembarcaron en Hirado y de allí, en su condición de embajadores, tuvieron facilidad para pasar a Nagoya y finalmente a Meaco el 30 de septiembre, donde les esperaban sus hermanos. La comunidad quedó integrada entonces por siete franciscanos. Gracias precisamente a la crónica de Ribadeneira sabemos de la alegría del encuentro, como del afecto que tuvo hacia el lego de La Parrilla, pueblo que había visitado en prédicas anteriores y conocido a la tía del santo.

A pesar de la discreción con la que los franciscanos intentaban obrar, y de centrar su acción apostólica en las más desfavorecidos socialmente, desde luego no pasaron desapercibidos, tanto por sus vestimentas tan características como por el creciente número de fieles que comenzó a frecuentar el convento. Además, varios de ellos construyeron sus viviendas en el interior o en las proximidades, transformándose todo el complejo en una especie de reducción franciscana. Este éxito contrarió a algunos jesuitas, que por ejercer su ministerio en la clandestinidad padecían algunas pérdidas de fieles en Meaco. Uno de ellos, el italiano Organtino Soldo, veterano en la misión nipona, llegó incluso a obstaculizar la entrega de limosnas a los franciscanos. Del mismo modo, estas divergencias, dificultaron el propósito de Pedro Bautista de realizar una fundación en Nagasaki, nodo fundamental para

<sup>19</sup> Fabricado en cañas y barro constó de un claustro alto y bajo, varias oficinas y celdas, tres altares y una especie de coro. LEJARZA, F. de, *Bajo la furia de Taikosama*, 99-100. SÁNCHEZ FUERTES, Cayetano, LAVADO PARADINAS, Pedro J., *San Pedro Bautista y sus compañeros mártires en el arte*, Imprenta Élite, Arenas de San Pedro 2014, 14.

la comunicación con Manila, que a pesar de los contratiempos se consiguió en última estancia gracias a la mediación de un sacerdote español de la Compañía.

La concordia con Hidesyoshi, con quien Bautista y los últimos franciscanos llegados al país se entrevistaron en Fushimi (hoy integrado en Kioto), facilitó la apertura de otra casa. En abril de 1596 Marcelo de Ribadeneira y Gonzalo García –probablemente con ellos Francisco de La Parrilla– viajaron hasta Osaka para gestionar una nueva fundación, la tercera, que fue bautizada con el nombre de Nuestra Señora de Belén. Pedro Bautista reorganizó el personal en las tres casas existentes. El comisario y el lego traductor de japonés Gonzalo García en Meaco, para estar próximos a la Corte. En Nagasaki fray Jerónimo de Jesús y Bartolomé Ruiz. Y en Osaka Marcelo de Ribadeneira, Agustín Rodríguez y Francisco de La Parrilla. Dos meses más tarde llegaron a Japón dos nuevos religiosos franciscanos: Martín de la Ascensión o de Aguirre y Francisco Blanco. El primero pasó a Osaka como superior y el segundo a Meaco. Poco tiempo después el lego de La Parrilla regresó a Meaco.

La principal dedicación de Francisco de La Parrilla durante su conventualidad en Meaco fue, además de la oración y el estudio del japonés, el trabajo en la portería, la cocina, el refectorio del convento y el hospital de San José, donde atendió a los llagados o leprosos. Mientras que en Osaka, de menores dimensiones, sirvió prioritariamente en la portería. Las fuentes ponderan sus habilidades manuales (“era uno, que valía por muchos”, nos dice Ribadeneira)<sup>20</sup>. También tenemos constancia de que realizó, tanto desde Meaco como desde Osaka, varios desplazamientos que podemos denominar de tipo evangélico o misionero. Efectuó trayectos con franciscanos como Marcelo de Ribadeneira o el lego Gonzalo García, o con cristianos japoneses como León Karasumarú. El objeto era visitar la casa de cristianos japoneses o incluso templos bozos. En varias ocasiones los encuentros en los templos concluían en debates de tipo teológico, platicando amistosamente mientras tomaban te. Pero no siempre fue así. Al menos en una ocasión Francisco de San Miguel se encontró en una disputa que terminó con su expulsión de un templo a las afueras de Meaco. Aquí las crónicas le achacan un milagro, de los varios que le endosan en su estancia en Japón: mientras era conducido al exterior convenció a un joven japonés que presencié la disputa para que acudiese al convento a bautizarse.

La mayor parte de información que ofrecen las crónicas en torno a la personalidad y carácter del lego parrillano procede de su estancia en Japón. Fray Francisco aparece en ellas como un hombre sencillo, llano, humilde, silencioso, discreto, de moral escrupulosa, de grandes penitencias y ayunos, estricto en su observancia, especialmente preocupado con andar descalzo hasta el punto de que le obligaron a calzar sandalias al empeorar su salud. A pesar del tono hagiográfico de las fuentes, los textos de los escritores seráficos también deslizan entre líneas rasgos más puramente humanos, como las dudas que le atormentaron al llegar a Japón sobre su utilidad en la misión.

<sup>20</sup> SAN ANTONIO, *Crónicas de la apostólica provincia de San Gregorio*, III, libro III, capítulo XXVI, 762-763; MARTÍNEZ PÉREZ, Jesús, *Fray Juan Pobre de Zamora: Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón “San Felipe”*, Cuarto Centenario del Martirio, Diputación provincial de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, Ávila 1997, 292-293.



A mediados de 1596, esto es, a tres años y medio de su arranque la misión franciscana había conseguido unos resultados extraordinarios. En primer lugar, a nivel estratégico, se habían aminorado los temores de una invasión o de una amenaza constante de Filipinas. Y en segundo lugar, en el ámbito misional, se había convertido a más de veinticinco mil japoneses y reconciliado a tres mil apóstatas. El éxito de la misión en este último punto radicó en buena medida en la atención a los pobres, en un país donde había gran cantidad de ellos y estaban –en algunos casos como el de los leprosos– totalmente alienados. No obstante, el ministerio franciscano suscitó la contrariedad e incluso la oposición de algunos sacerdotes de la Compañía, quienes consideraban Japón como un territorio de su exclusividad. Además, jesuitas como el portugués Luis Frois censuraron duramente lo que entendían como falta de prevención o excesiva libertad en las prédicas franciscanas, con las que creían que podrían irritar a las autoridades y contribuir a empeorar su situación. A la par también criticaron con acritud su técnica misional por inapropiada y divergente a la seguida por ellos en las décadas anteriores. A estas críticas respondieron con no menos acritud algunos religiosos de San Francisco, como Martín de Aguirre.

En esta coyuntura volátil el 14 de agosto de 1596 llegó al país el primer obispo en tomar posesión de sede de Japón, el jesuita portugués Pedro Martins o Martínez. Sus dos propósitos fundamentales eran levantar el edicto de destierro de 1587 y asegurar la exclusividad de la misión de Japón para los ministros de la Compañía de Jesús, expulsando en consecuencia a los franciscanos. Martins esgrimía con vehemencia la vigencia de la bula de Gregorio XIII, que reconocía la exclusividad misional a los jesuitas, frente a las tesis franciscanas que la negaban. El prelado no tardó en chocar con los franciscanos: en su primer encuentro con estos les pidió que salieran del país.

En los meses siguientes el obispo se alineó con los jesuitas, mayormente de nacionalidad italiana o portuguesa, así como con comerciantes de este último país, que desde 1580 estaba integrado bajo el imperio de los Austrias. Este denominado *lobby* jesuita-portugués por algunos historiadores, juzgaba la necesidad de la salida de los franciscanos como la opción más realista para conservar el cristianismo y mantener el lucrativo eje del comercio Macao-Nagasaki, que ahora, con los frailes mendicantes, podía ser desplazado por el de Manila-Nagasaki.

## 5. Naufragio del 'San Felipe' y martirio

En estas circunstancias dos sucesos inesperados derivaron en un giro inesperado y radical para los franciscanos. Entre finales de agosto y comienzos de septiembre de 1596 una serie de devastadores terremotos y maremotos sacudieron varias ciudades del país, entre ellas Meaco, donde estaba Francisco de La Parrilla. Los bonzos interpretaron que los desastres ocurrieron por la ira de sus dioses al haber permitido la entrada de religiosos cristianos en el país. El segundo acontecimiento fue el naufragio del galeón español *San Felipe* en Tosa

(isla de Shikoku), concretamente en Urado, el día 19 de octubre de 1596. El San Felipe era uno de los galeones que hacían el trayecto Manila-Acapulco. Después de haber abandonado la capital filipina tres meses antes, para subir al norte hacia la corriente del Kuro Shivo, se había visto envuelto en tres fortísimos temporales hasta quedar prácticamente inutilizado y embarrancar en las costas niponas. En este barco viajaban dos franciscanos, Juan Pobre de Zamora, que iba hacia Nueva España para congregar una misión, y Felipe de Jesús, estudiante mexicano de Teología que iba en dirección hacia su patria para ser ordenado sacerdote<sup>21</sup>.

Después del suceso se formó una comisión integrada por estos dos franciscanos y dos españoles seculares, el alférez Cristóbal de Mercado y el sargento mayor Antonio Malaver, para partir hacia Meaco con objeto de pedir a fray Pedro Bautista, en su rol de embajador, su intervención para la reparación del galeón y proseguir el viaje. Mientras la comitiva se ponía en camino Hideyoshi recibió información del arribo del galeón. En Meaco los portugueses incitaron a su gobernador, el daimio Masuda, a que convenciese a *Taikozama* a embargar sus fondos. Parece efectivamente que Hideyoshi ordenó la incautación a petición del citado Masuda y de su médico, el ex bonzo, Yakuin (o Takuin según otras fuentes). La medida sorprende por la cordialidad de las relaciones sostenidas hasta ese momento con los franciscanos españoles.

El 29 de octubre la comitiva se reunió con Pedro Bautista en Osaka y trató de preparar un encuentro con Hideyoshi. Mientras se realizaban las gestiones oportunas para una audiencia en Fushimi tuvieron noticia de la orden de embargo y del desplazamiento de Masuda a Urado para proceder con ella el día 12 de noviembre. El 16 el obispo Martins se reunió con Hideyoshi en Osaka. Las noticias son algo confusas en torno a los términos del encuentro. Tradicionalmente se ha señalado que el prelado luso pidió que se levantase la orden de expulsión de los jesuitas y también, recogiendo el sentir de otras personas del mismo ámbito (miembros de la compañía y portugueses), que se expropiasen los fondos del *San Felipe* y se desterrase a los franciscanos. No consta que mediase para conseguir el arreglo del galeón y facilitar su viaje a Acapulco, sino todo lo contrario. Por si quedase alguna duda, en los días siguientes, en varios encuentros que tuvo a instancias del comisario Pedro Bautista, rechazó intervenir para revertir las disposiciones contra el *San Felipe* y continuó insistiendo machaconamente en la ilegalidad de la presencia franciscana y la necesidad de que abandonasen el país. El franciscano jugó otras bazas. Nuevamente apeló un supuesto intento de mediación del obispo o el concurso del ex gobernador de Meaco, Guenifoin, pero todas fracasaron.

Para empeorar las cosas el 9 de diciembre de 1596 Hideyoshi ordenó poner guardias en el convento de Meaco, donde se encontraban Francisco de San Miguel, el comisario Pedro Bautista, el lego Gonzalo García, Francisco Blanco, y fray Felipe de Jesús, pasajero del *San Felipe* que casualmente se había quedado allí mientras se intentaba dar solución al incidente del galeón; y en el de Osaka, donde residía fray Martín de la Ascensión con otros catequistas

<sup>21</sup> Un relato detallado de los sucesos en: PACHECO, Diego, *Mártires en Nagasaki*, editorial El Siglo de las misiones, 1962, pp. 17-20; PÉREZ, Lorenzo, «Relación del viaje del galeón San Felipe, de su Majestad, arribada que hizo al Japón y su pérdida y lo más sucedido año 1596», en *Archivo Iberoamericano* 16, (1921), 54-75.

y auxiliares<sup>22</sup>. En esa misma ciudad, –varios autores señalan que por error– se puso guardia a la casa donde residían varios jesuitas, reteniendo finalmente, tras la huida de dos, al hermano coadjutor Pablo Miki, hijo de un destacado militar y afamado predicador y los hospederos Juan de Goto y Diego Kisai.

La orden se dio el mismo día que Masuda había informado a Hideyoshi de las supuestas declaraciones del piloto del galeón *San Felipe*, Francisco Olandía, en las que habría afirmado que los españoles enviaban primero a los religiosos para convertir al país, y luego a los soldados a conquistarlo. Esta es la idea que se ha asumido como argumento último de la condena a muerte, pero la mayoría de las fuentes, incluidas algunas jesuitas, no la dan por veraz, mientras que algunas japonesas ni siquiera las citan. En cualquier caso, no hay ninguna duda de que el arresto y cárcel de los franciscanos fue una consecuencia directa del embargo del galeón *San Felipe*. Las supuestas declaraciones de Olandía, hábilmente manipuladas por el círculo próximo al obispo –el historiador franciscano Lorenzo Pérez acusa directamente a Martins– habrían sido la excusa perfecta para apresarlos y de paso justificar el embargo con carácter retroactivo. Los franciscanos eran la cabeza de turco de la iniquidad perpetrada con el galeón de Manila. Por otra parte, a Hideyoshi la expropiación de las enormes riquezas del galeón le habría beneficiado en su propósito de disponer de efectivo, tanto para el arreglo de los destrozos de los terremotos de los meses anteriores sobre múltiples edificios –entre ellos su palacio– como para los gastos militares de la inminente guerra en Corea. La orden de embargo coincidió efectivamente con las vísperas de la reanudación de la ofensiva sobre este territorio después del fracaso de la primera invasión de 1592-1593, y tras las exigencias de China a Japón de abandonar Corea. La campaña de Hideyoshi comenzó el 3 de noviembre, es decir, ocho días después de la expropiación de los fondos del *San Felipe*.

Después del arresto Francisco de San Miguel y sus compañeros, según rumores que les llegaron, temieron ser ejecutados por decapitación a la mañana siguiente. Al enterarse de la prisión muchos cristianos japoneses llegaron hasta el convento pidiendo ser unidos a ellos. La condena por ahora no se aplicó y durante varias semanas permanecieron bajo arresto domiciliario. De esos días de espera, las crónicas sacan brillo a la celebración de la Navidad. En medio de un frío intenso el convento franciscano estalló en una celebración de “inusitada alegría”, aromas de incienso, y villancicos, que también eran cantados por los cristianos japoneses desde el exterior. Estos, ateridos de frío, expectantes en la calle, querían acompañar a los franciscanos y sus acólitos durante la prisión.

El 29 de diciembre de 1596 las autoridades comunicaron a los detenidos su condena a muerte por crucifixión. Todos fueron trasladados a la cárcel pública de Meaco, incluido el

<sup>22</sup> La orden de prisión constituía una flagrante violación del estatuto de embajadores concedido a los franciscanos como de las licencias concedidas para la prédica entre los pobres. En este cambio tan drástico también incidió el temor a que algunos señores cristianos del sur pudiesen urdir una conspiración contra Hideyoshi que diese al traste con el proceso unificador iniciado anteriormente por Nobunaga. En otro orden de cosas, también se ha indicado como razón el actuar contra una religión que suponía una crítica directa contra el estilo de vida japonés, sumamente rígido, piramidal con una masa de población pobre totalmente alienada que con los franciscanos estaba siendo empoderada. Desde este punto de vista las prédicas franciscanas habrían sido consideradas subversivas. Véase: REYES MANZANO, Ainhoa, *La cruz y la catana: relaciones entre España y Japón (siglos XVI-XVII)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de La Rioja, Servicio de publicaciones, 2014, 92.

grupo de Osaka, encabezado por Martín de la Ascensión, entre ellos el niño Tomás Kozaki, y los tres jesuitas. Francisco de San Miguel, Pedro Bautista y compañeros fueron sacados a golpes del convento mientras no dejaban de pronunciar cánticos y salmos religiosos. El comisario pidió sin fortuna que dejaran en libertad a los japoneses. Los enfermos del hospital, apenados y ahora abandonados, imploraron compasión a los soldados. Entre los japoneses apresados estaban los dos niños Luis Ibaraki, de doce años, y Antonio, de trece. En la cárcel todos juntos sumaban veinticuatro. El día 3 de enero, en una mañana gélida y nevada, los condenados fueron sacados a una plaza pública donde se les amputó el lóbulo izquierdo de la oreja. Se ofreció a los niños apostatar y salvarse del escarnio y la ejecución pero estos se negaron y prefirieron unir su suerte a la del resto de los condenados. Acto seguido se amarró las manos de cada uno al pescuezo y se les subió a ocho carretas tiradas por bueyes, a razón de tres en cada una. Arrancó la comitiva por las calles de Meaco a modo de escarnio y vergüenza, encabezada por una tabla de ciprés donde estaba escrita la condena. Pero los condenados lejos de sentir vergüenza se mostraron alegres y prorrumplieron en cantos de *Te Deum*, lo que desconcertó a los habitantes de Meaco. Francisco de La Parrilla probablemente iba en la primera o segunda carreta.

En las primeras horas del día siguiente fueron llevados a caballo con las manos atadas a la espalda hacia Osaka. Tanto aquí como en Sakai se repitieron las escenas vividas en Meaco. En Sakai se les comunicó que serían ejecutados en Nagasaki. El 8 de enero les llegó el texto de la condena, que rezaba del siguiente modo:

*“Por cuanto estos hombres vinieron de los Luzones [Filipinas], con título de Embajadores, y se quedaron en Meako predicando la ley de los cristianos, que yo prohibí muy rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados, juntamente con los japoneses que se hicieron de su ley; y así estos veinticuatro serán crucificados en Nangasaki; y vuelvo a prohibir de nuevo la dicha ley para en adelante, porque venga a noticia de todos; y mando que se ejecute; y si alguno fuese osado a quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generación.— El primer año de Queycho, a los diez días de la undécima luna.— Sello Real”.*

A nadie escapaba el simbolismo que había detrás de la elección de Nagasaki. La ejecución en la ciudad donde había más extranjeros y desde la que había irradiado el cristianismo en Japón significaba un aviso premonitorio para lo que habría de venir en las décadas siguientes. En las semanas siguientes los reos transitaron a pie o a caballo, por tierra o por mar una distancia de ochocientos kilómetros. En el recorrido se unió a otros dos cristianos japonesas, con lo que el grupo subió hasta veintiséis. Gracias a las cartas que furtivamente pudieron enviar varios de los condenados sabemos de las vivencias, sufrimiento y padecimientos del largo camino. Resulta sorprendente la falta de reproches, la aceptación del duro destino que les aguardaba, conmovedora la entereza, la paz y la humanidad que transmiten esas líneas escritas clandestinamente en los cientos de kilómetros que recorrieron.

El 4 de febrero la comitiva llegó a Sonogi, congelados de frío y con los pies hinchados. Algunos no podían ni andar y eran transportados en unos cestos. Al atardecer pusieron rumbo a Nagasaki. Pasaron la última noche previa a la ejecución en el puerto de Togitsu a dos kilómetros de la ciudad de Kiushu. Durmieron a la intemperie soportando temperaturas bajo cero. Al despuntar el 5 de febrero fueron puestos en pie para andar el último tramo del viaje: el trayecto al cadalso, que era la colina Nishizaka. El día anterior había quedado

todo preparado: se habían excavado los hoyos y ajustadas las argollas en las cruces. Casi a punto de llegar al punto de la ejecución varios fieles portugueses pidieron cruces y otros objetos al grupo de condenados.

Por fin llegaron a la colina. El grupo venía presidido por el lego fray Gonzalo García y seguido por Francisco de San Miguel, hasta cerrar a todos ellos fray Pedro Bautista. Hicieron la entrada cantando, con serenidad, alegría e intensa emoción. A pesar de que se había prohibido la presencia de testigos, las fuentes hablan de que había miles de personas. El obispo Martins presenció todos los sucesos desde lejos, que es precisamente como aparece en la mayor parte de las representaciones del martirio. Se permitió la presencia en el lugar de los sacerdotes jesuitas Pero Rodríguez y Francisco Passio, quienes también aparecen frecuentemente en la iconografía.

Las cruces estaban dispuestas al lado de los hoyos. Eran cuadradas y derechas, y tenían cuatro brazos: un madero vertical, cruzado por otro horizontal en la parte superior para extender los brazos, otro para asegurar los pies y uno más a la altura de la cadera, como apoyo. El gentío amontonado en torno a los cordones de seguridad dispuestas por los soldados no cesaba de llamar a los condenados, rogando que les diesen algún objeto que pudiesen conservar a modo de reliquia. Parece que Francisco de San Miguel accedió a dar una cruz que debía llevar al cuello, pero no un rosario que quiso tener consigo hasta el final: “en acabando hermano» respondió a un portugués solícito de él.

A eso de las nueve y media comenzó la ejecución. Todos fueron tumbados sobre las cruces y amarrados a ellas –no enclavados– con argollas y cuerdas. El cuello quedó fijado con una argolla o gato de hierro y la cintura atada con cuerdas a los maderos. Asidos todos de esta manera los soldados levantaron las veintiséis cruces hasta ajustarlas a sus respectivos hoyos. De un lado a otro habría unos setenta metros. El grupo de seis frailes franciscanos se disponía en la parte central. A su derecha e izquierda los hermanos laicos japoneses y los tres jesuitas. Francisco de La Parrilla quedó situado entre Matías, un japonés que se había ofrecido en lugar del que se buscaba del mismo nombre, y el gallego Francisco Blanco. Cada una de las cruces tenía a ambos lados dos sayones.

Una vez que las cruces estuvieron fijadas fray Martín de la Ascensión, según se había convenido, pronunció una breve plática para tratar de estimular el ánimo de los condenados. A su término varios entonaron el *Benedictus* (“bendito sea el Señor de Israel”) mientras otros entonaban o rezaban salmos. En ese momento se dio la orden de ejecución. Los sayones debían proceder simultáneamente introduciendo la lanza de un golpe desde el costado en dirección al hombro opuesto, por el que había de salir. De este modo los dos hierros atravesaban el pecho por dentro, en forma de aspa, produciendo la muerte de los reos.

La ejecución se efectuó en muy poco tiempo, entre media hora y –menos probable– una hora desde las once de la mañana del 5 de febrero de 1597. Testigos presenciales testimoniaron los últimos momentos de fray Francisco de La Parrilla. De acuerdo con estas fuentes el lego había llegado a su cruz “bajos los ojos” y “sin hablar palabra”<sup>23</sup>. Probablemente fue

<sup>23</sup> MARTÍNEZ PÉREZ, *Fray Juan Pobre de Zamora*, 361.

el quinto en ser alanceado<sup>24</sup>, según relata el cronista Ribadeneira<sup>25</sup>. Fray Jerónimo de Jesús llama la atención sobre su entereza y discreción en aquel duro trance. Debía estar tan concentrado en sus oraciones que recibió con “menos cuidado” la muerte, por lo que a la primera lanzada le salió una gran “fuente de sangre, cosa que no fue así en ninguno de los otros”<sup>26</sup>.

Al término de las ejecuciones, con fray Pedro Bautista en último lugar, sobrevino un enorme griterío. La multitud acudió a los pies de las cruces para mojar con sus paños la sangre de los veintiséis ajusticiados, para hacerse, a modo de reliquia, con cualquier objeto, incluso hasta las uñas de los pies. El portugués que había pedido a Francisco de San Miguel su rosario pudo ahora llevárselo consigo. El polémico obispo Pedro Martins, que mantuviese tantas diferencias con los franciscanos, a las dos o tres horas se acercó al cadalso y fue el primero en reconocerlos ante la multitud como auténticos mártires. Besando los pies del comisario, le invocó con un: “beato Pedro, ruega por mí”<sup>27</sup>.

Aquí concluyó la vida de Francisco de San Miguel, el campesino metido a fraile, muerto ajusticiado en los confines de un mundo inalcanzable e inimaginable para la mayor parte de los españoles de aquel tiempo. Detrás de él, una biografía que invita a pensar, analizar y comprender la labor de religión y civilización en aquel imperio en que no se ponía el sol. Trascendiendo los clichés habituales resulta interesante subrayar algunas de sus acciones más altruistas, como la faceta asistencial y sanitaria, con los más desfavorecidos, los pobres y los llagados, todo ello en la línea de la conciencia social que tanto carisma imprimió en la Orden de San Francisco tras el concilio de Trento. Fraile, en su faceta como lego, del que se derivan sus trabajos como portero, refitolero, y enfermero; embajador, en una misión peligrosa ante un Japón orgulloso y amenazante después de un largo y sangriento proceso de unificación; y mártir, testigo de la fe, su vida, su obra y su muerte, se celebra anualmente dos veces al año en las fiestas patronales de su localidad natal. La manera en que se efectúa renueva su figura y constituye un modo original de recordar su historia, la historia todos aquellos mártires en definitiva, y también en buena medida, la de España en aquellas latitudes.

## 6. Iconografía de San Francisco de San Miguel

En este último apartado se refieren brevemente algunos aspectos relacionados con la iconografía específica de San Francisco de San Miguel. Se aportan aparte de los ejemplos

<sup>24</sup> GÓMEZ PLATERO, E., *Catálogo biográfico de los religiosos franciscanos de la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas desde 1577 en que llegaron los primeros a Manila hasta los de nuestros días*, Imp. de Santo Tomás, Manila 1880, 61; HUERTA, Félix, *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la santa y apostólica provincia de San Gregorio Magno, de religiosos menores descalzos de la regular y más estrecha observancia de N.S.P.S. Francisco, en las Islas Filipinas*, Imprenta de M. Sánchez y Cía, Binondo 1865, 378.

<sup>25</sup> RIBADENEIRA *Historia de las Islas del Archipiélago*, libro VI, capítulo V, 646-647.

<sup>26</sup> PÉREZ, «Fr. Jerónimo de Jesús, restaurador de las misiones del Japón», 142; MARTÍNEZ PÉREZ, *Fray Juan Pobre de Zamora*, 361.

<sup>27</sup> BLANCO ANDRÉS, *San Francisco de San Miguel*, 130.

conocidos, otros que han pasado más desapercibidos y algún otro totalmente desconocido, con indicación expresa de sus peculiaridades. Igualmente, también se llamará la atención de otras cuestiones relacionadas con la iconografía martirial genérica que no siempre se han atendido.

La iconografía de San Francisco de San Miguel, como la de sus compañeros mártires en Nagasaki, se ha centrado, con la salvedad de alguna reproducción suelta de episodios de su vida, en el momento nuclear del martirio: esto es, con el mártir dispuesto en la cruz con las dos lanzas atravesando sus costados. Esta terrible ejecución, que ya de por sí cuando trascendió fuera del ámbito japonés había tenido un profundo impacto en rincones muy distintos y distantes del catolicismo hispánico y europeo, conectó con el sentir apasionado y dramático del arte barroco. Y además muy rápidamente. Al poco de conocerse los sucesos comenzaron a circular numerosas pinturas, estampas e ilustraciones del martirio. Los procesos de beatificación y canonización contribuyeron a ello. La beatificación tuvo lugar los días 14 y 15 de septiembre de 1627 en la basílica de Santa María la Mayor de Roma por el Papa Urbano VIII. Ese mismo año se celebró en Madrid, y, entre el 2 y el 9 de febrero de 1630 en Manila con carácter multitudinario. Los protomártires de Japón, como fueron conocidos desde el principio, fueron proclamados por el ayuntamiento de Manila patronos de segunda clase de las islas. En las procesiones se enarbolaron varios estandartes, portados por diferentes comunidades de la capital: el de San Francisco de San Miguel concretamente por los franciscanos de Manila, donde el lego había sido portero y enfermero. En estas celebraciones hubo fuegos artificiales, certámenes poéticos y la que es considerada la primera corrida de toros en Filipinas.

La canonización aconteció entre el 8 de junio de 1862 en San Pedro del Vaticano por el papa Pío IX. Como había ocurrido con la beatificación, Manila también fue escenario de las celebraciones de la elevación a los altares del grupo martirial, pero no fue hasta los días 12, 13 y 14 de noviembre de 1865, tres años más tarde de la canonización en Roma por los estragos causados que ocasionó en la capital filipina el terremoto de 1863. El acto contó con una gran concurrencia de las autoridades religiosas y civiles de las islas<sup>28</sup>.

## 6.1 Arquitectura

Aunque no estrictamente vinculado al terreno iconográfico, debe destacarse como único edificio consagrado en su totalidad a su figura la ermita de San Francisco de San Miguel en La Parrilla, su localidad natal. Su construcción comenzó en algún momento antes de 1617 en que se levantó y consagró en su memoria una capilla en el lugar donde había estado su casa natal, que fue ampliada con la ermita de San Sebastián. Antes de la celebración del cincuentenario de la canonización, Miguel Martín Sanz, canónigo de la catedral de Valladolid natural de La Parrilla, compró una serie de casas próximas a la ermita, con las que amplió

<sup>28</sup> ROSA, Domingo de la, *Los mártires del Japón. Solemnes fiestas que en su conmemoración les dedica la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas los días 12, 13 y 14 de noviembre de 1865*, Imprenta de Ramírez y Giraudier, Manila 1865.

el tamaño de la iglesia para aumentar el aforo<sup>29</sup>. Fue inaugurada el 24 de octubre de 1910 con misa solemne y sermón. El nuevo templo tenía un trazado muy sobrio. Consta de una sola nave entre pilastras, cubierta con bóveda de arista decorada de yeserías barrocas, mientras que la capilla mayor se cierra con una bóveda de crucería.

## 6.2 Escultura

En el convento de San Francisco, de Valladolid, hubo al menos cuatro representaciones de San Francisco de San Miguel. No ha llegado ninguna hasta nosotros.

– La primera estuvo depositada en la capilla de la Inmaculada, o de los Rivera, una de las cinco que se encontraba en el muro del evangelio y dispuesta, a su vez, dentro de la capilla mayor. En 1628 se colocó en su interior un altar dedicado al santo de La Parrilla (se hablaba de hecho ya de “santo”, no de beato, a pesar de su reciente beatificación por Urbano VIII). El 15 de julio de 1632 el pintor Pedro Fuertes recibió el encargo de su realización. En él se dispuso en el tablero principal donde debía estar el santo la representación iconográfica habitualmente descrita en las crónicas franciscanas, y que tanto se reproduciría en estampas, grabados y pinturas: un Japón como un país poblado de castillos, y sobre ellos destacando un palacio, donde aparecía el obispo (Martín) contemplando a los ejecutados desde una ventana. Los mártires aparecían en un segundo plano en la cruz, con hábito franciscano, atravesados con dos lanzas y con una columna de fuego encima de su cabeza, junto a la cual había un ángel con corona y palma de martirio. Junto a ellos había seis u ocho japoneses –los sayones– al pie de la cruces. El dorado predominaba en el conjunto del armazón del retablo, esto es: el frontispicio, las bolas, las columnas, las cartelas y la guarnición, empleándose otros colores en capiteles y pilastras. Estamos ante la descripción más detallada que conservamos de la iconografía del santo de La Parrilla de las cuatro que existieron en el convento de San Francisco de Valladolid. Vista la referencia al retablo, hemos de esperar a tener constancia de la existencia de la imagen del titular unos años después al menos en dos ocasiones. La primera fue para constatar que en 1647 fue trasladada de los Rivera a la nave de Santa Juana. Y la segunda nada más y nada menos que de fray Matías de Sobremonte, quien como vimos nos aportó el dato crucial del nombre seglar de San Francisco (Juan del Arco), y que en esta ocasión nos ofrece la noticia de la autoría de la pieza a Gregorio Fernández, el gran imaginero barroco (1576-1636)<sup>30</sup>. No obstante esta atribución ha sido cuestionada por Juan Agapito y Revilla<sup>31</sup>.

– Escultura de San Francisco de San Miguel en el retablo de la capilla de la Venerable Orden Tercera (VOT). María Antonia Fernández del Hoyo en su documentado y fundamental libro sobre patrimonio perdido en Valladolid afirma que este retablo, obra de

<sup>29</sup> BLANCO ANDRÉS *San Francisco de San Miguel*, 140.

<sup>30</sup> FERNÁNDEZ DEL HOYO, *Patrimonio perdido*, 73.

<sup>31</sup> AGAPITO Y REVILLA, Juan, *La obra de los maestros de la escultura vallisoletana. Papeletas razonadas para un catálogo*, Imprenta de E. Zapatero, II, Valladolid 1929, 138-141.



Antonio Villota, hubo de estar concluido en 1676 y basándose en un sermón de 1693 – que es el único documento que describe su iconografía–, concluye que las imágenes en él descritas en realidad podrían referirse al retablo mayor de Valladolid, más que al de la VOT<sup>32</sup>. El sermón se pronunció con ocasión de la inauguración del retablo estrenado el día de la Inmaculada, con celebración por la Orden Tercera; el retablo contenía “talla, columnas, frisos y cornisas, con sus puertas, tarjetas pedestales y armas, así las de nuestra orden como las Reales de León y Castilla”. Tenía en el hueco principal una Inmaculada – a quien estaba dedicado–, sobre ella un San Francisco de Asís, y en las calles laterales San Antonio de Padua y San Francisco de San Miguel. Todas las imágenes eran nuevas “sola la imagen de la concepción se ha de quedar la antigua”. Otra vez desconocemos datos descriptivos, fecha de elaboración y autoría de la imagen del parrillano (y del resto). Lo que sí sabemos es que tuvo una duración efímera, pues la capilla y su contenido fueron consumidos por las llamas en un incendio en 1710, durante las fiestas del octavario de la Inmaculada. Con todas las prevenciones parece probable que este retablo mencionado en el sermón no fuese el mismo que el del altar mayor (y que en consecuencia estemos ante otra efigie desconocida de San Francisco de San Miguel). Abonan esta hipótesis el menor número de esculturas en el retablo de la VOT en relación al mayor; la circunstancia de que el sermón cite la imagen de San Antonio de Padua, que consta que no estaba en el altar mayor; y la referencia expresa en el sermón a que “se estrena el día de la Inmaculada y es de la Orden Tercera que celebra la fiesta”<sup>33</sup>.

– Una tercera escultura que existió en el convento de San Francisco de Valladolid fue la que estuvo en el retablo del altar mayor de su iglesia. La única referencia que tenemos procede de comienzos del siglo XIX, del tiempo de la ocupación francesa. En ella se describe la parte central del retablo del siguiente modo: “el trono de la Purísima Concepción, con su imagen la que tiene su corona de bronce (...) Tras dicho trono hay una especie de camarín (...) En el dicho altar mayor se hallan los santos siguientes: los dos Patriarcas (San Francisco y Santo Domingo), San Juan de Capistrano, San Bernardino de Siena, San Pedro Regalado, San Francisco de la Parrilla, San Joaquín y Santa Ana”<sup>34</sup>. De la del santo parrillano no sabemos prácticamente nada, ni la fecha de su creación, ni la forma que tuvo ni su autoría.

– La cuarta referencia procede de un inventario de 1809, durante la ocupación francesa. En ese tiempo se describe la “capilla del Santísimo Cristo del capítulo”, donde había dos órganos (uno grande y otro mediano), un facistol con un “Ecce Homo, con su coronación perfecta”, y “una urna en donde está colocado San Francisco de la Parrilla”<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Se trataba de un retablo salomónico, de dos cuerpos, tres calles y que había de estar finalizado en 1676. La aplicación del dorado corrió a cargo de Bartolomé Duque Gómez. Información sobre el retablo y el sermón en: FERNÁNDEZ DEL HOYO, *Patrimonio perdido*, 101.

<sup>33</sup> Agradezco esta hipótesis, que igualmente suscribo, a Javier Juárez Domínguez.

<sup>34</sup> FERNÁNDEZ DEL HOYO, *Patrimonio perdido*, 69-70.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 85.



Tallas de San Francisco de San Miguel en La Parrilla<sup>36</sup> (arriba) y en el convento abulense de San Antonio de Padua<sup>37</sup>.



La actual talla procesional de vestir de La Parrilla fue elaborada en algún momento en la primera mitad del siglo XVII, quizá al poco de la beatificación (1627). Aparece referida en una visita diocesana de 1654 como estante en la capilla de Santa Catalina de la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Remedios. Desconocemos su autoría, pero responde a una tipología común del primer tercio del seiscientos muy común en las llamadas tallas de vestir.

Talla policromada de San Francisco de San Miguel en la capilla de Nuestra Señora de la Portería, del convento franciscano de San Antonio de Padua (Ávila). Anónimo. Siglo XVII. La escultura ha estado durante mucho tiempo sin las lanzas. En una reciente restauración la figura y el retablo han renovado sus dorados y San Francisco sus lanzas.

Escultura de San Francisco de San Miguel en el convento de Santa Clara de Valladolid. Se trata de una muestra de la extensión del culto a San Francisco de San Miguel en la ciudad. Como en la anterior desconocemos la información básica de su producción y autoría.

– Escultura en bulto en el convento de San Diego de Valladolid. Tenemos constancia de esta referencia por un inventario de 1809 del citado convento de Valladolid, desaparecido, como la misma obra. Según la misma en la “capilla de

<sup>36</sup> Cortesía de Esther Garrote Andrés.

<sup>37</sup> Agradezco a David Gómez García el envío de la imagen.

Nuestra Señora” había una “mesa de altar a la romana con palabras cubiertas de cristal; imagen de Nuestra Señora de la Portería pintada en la pared, cercada de un cuadro de talla dorado; a los lados dos efigies de bulto de San Pascual Bailón y San Francisco de La Parrilla; diez angelitos de madera”<sup>39</sup>.

Escultura de San Francisco de San Miguel en la parroquia de la Inmaculada, en Valladolid. No tenemos conocimiento de su autoría y datación.

Estatuilla en la corona de la Virgen de San Lorenzo. El *Diario Regional* recogía en su número del martes 26 de junio de 1917 la información sobre las piezas que formaban parte de la corona: “La crestería es de estilo gótico, con remates de rubíes, llevando en ocho nichos o doseletes intercalados, las estatuitas de San Pedro Regalado, al frente, y después volviendo a su derecha, San Francisco de San Miguel, Santiago, San Lorenzo, San José, San Ildefonso, Santa Teresa y el Beato Simón de Rojas”<sup>40</sup>. La corona fue realizada por los orfebres madrileños Manuel Otero y Daniel Riopérez.

Escultura en Nagasaki. San Francisco de San Miguel aparece junto con el resto de los mártires. Fue inaugurada en 1962, año del centenario de la canonización, en el lugar donde fueron ejecutados los mártires en 1597. El sitio, declarado histórico, consta de una iglesia y una capilla, obra del arquitecto Kenji Imai, discípulo de Gaudí, y un monumento, elaborado por el escultor Yasutake Funakoshi. Nos detenemos en este último por contener

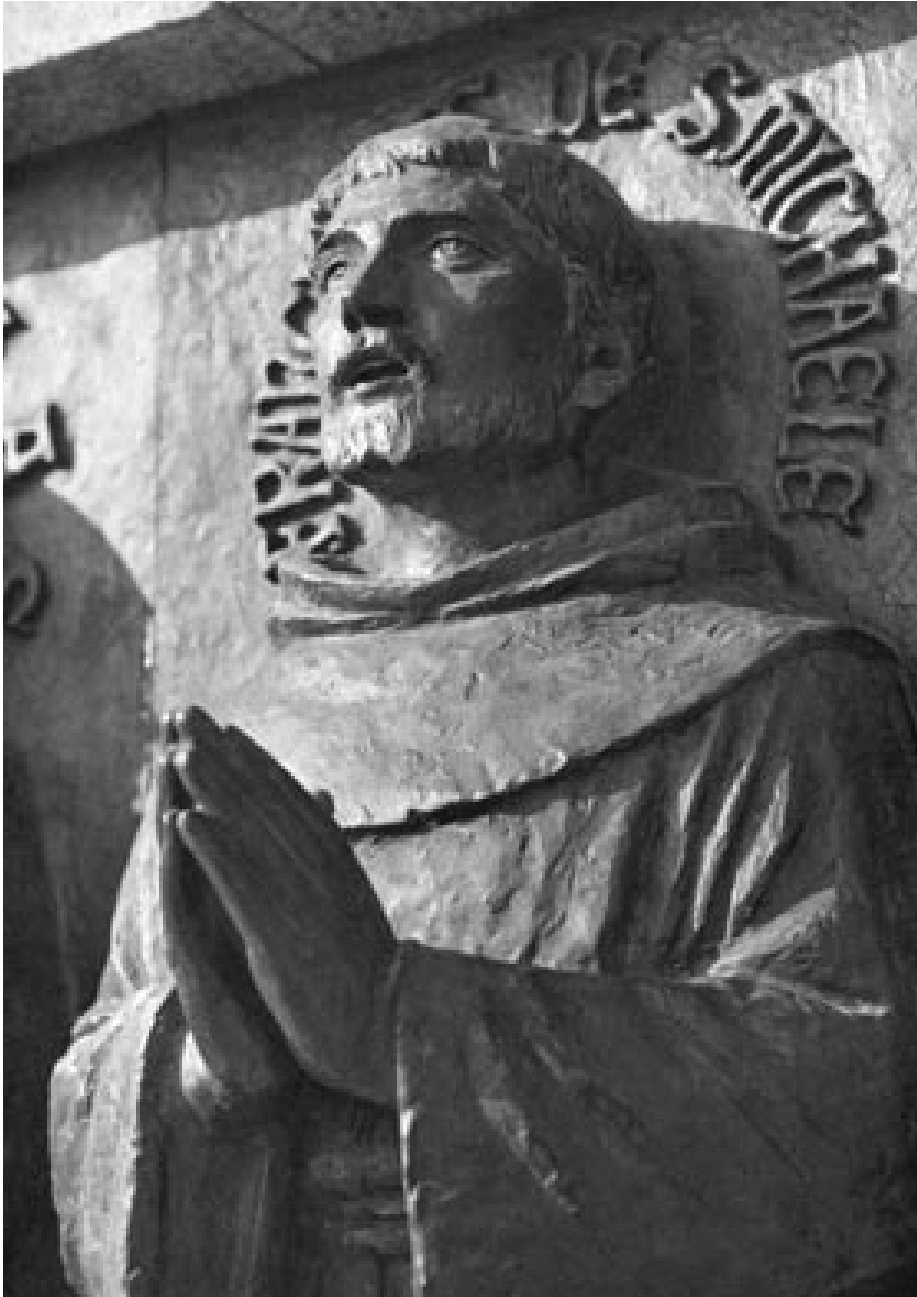


San Francisco de San Miguel, parroquia de la Inmaculada, de Valladolid. Fotografía durante la procesión del Corpus Christi de 2014<sup>38</sup>.

<sup>38</sup> Agradezco a Javier Juárez Domínguez el envío de la fotografía.

<sup>39</sup> FERNÁNDEZ DEL HOYO, *Patrimonio perdido*, 475-476. Con esta última citada quiero llamar la atención que en la diócesis han llegado a existir hasta ocho imágenes (escultura y talla de vestir) del Santo de La Parrilla.

<sup>40</sup> Gracias nuevamente Javier Juárez Domínguez por la información de esta noticia.



San Francisco de San Miguel en el monumento de los mártires de Nagasaki. Obra de Yasutake Funakoshi.

un hermoso altorrelieve de San Francisco de San Miguel. El mural, en el que está contenido, junto con el resto de sus veinticinco compañeros, mide seis metros de alto por diez y siete de largo. Orientado al sur y fabricado mayormente en granito y bronce, presenta de lejos la apariencia de una cruz colosal, de alas laterales muy largas que cortan el plano vertical, con segmentos con inscripciones en japonés y en latín (“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”). Funakoshi tardó cuatro años en su realización. Individualizó cada rostro de los mártires respetando la edad y los datos históricos que se conocía de cada uno de ellos. Les concedió una plasticidad, una personalidad y una expresividad diferente. En ningún momento quiso representarlos en el trance de la ejecución, esto es, agotados, heridos, sangrientos, con las orejas cortadas, las ropas hechas jirones,

en la cruz o alanceados, sino en posición armónica, casta y gloriosa. Todos aparecen a tamaño natural, sin sobresalir ninguno, con las manos juntas en actitud de orar y cantando himnos sagrados. Únicamente San Pedro Bautista y San Pablo Miki tienen las manos abiertas y miran hacia abajo, como atrayendo al espectador para incitarlo a elevar su espíritu; el resto tiene sus ojos puestos en el cielo. La imagen del santo se retrata con barba, en actitud de rezo, los ojos perdidos en lo alto y cantando con calma, con reposo, con esperanza; como si diese sentido a las palabras que Pobre de Zamora escuchase a unos portugueses sobre él de que “aunque no lo fuera por martirio, ya lo tenían por santo”<sup>41</sup>.

Pequeña efigie en madera policromada, estofada por Arte Martínez de Horche<sup>42</sup>, en las andas procesionales de la Virgen de San Lorenzo realizada en plata (2006).

### 6.3 Estandartes procesionales y frontales de altar

Pendón procesional de San Francisco de San Miguel utilizado en Manila en 1630 en la celebración de la beatificación de los protomártires de Japón en Roma en 1627. Se sabe que existió un pendón individual por cada uno de los beatos que en la actualidad no existen. Se desconoce la forma o modo de representación exacta de cada uno de ellos.

Estandarte de la Asociación de Socorros Mutuos. Esta Asociación nació en 1912 en el cincuentenario de la canonización del santo, que tomaron como patrón. Estuvo integrada por obreros de la localidad, socios activos y honorarios, que se comprometieron a sacar en procesión al santo, celebrar misa y sermón todos los 8 de junio, fecha probable por tanto del inicio de las fiestas patronales de junio, dado que no figuraban en los primeros estatutos que conocemos de la cofradía, que datan de 1887. La creación de esta Asociación reprodujo una de las facetas más interesantes de la vida de Francisco de La Parrilla: su vocación asistencial o de servicio a los demás. El pendón procesional está firmado por un tal D. Molpeceres. Reproduce la efigie del santo atravesado por las lanzas y varias imágenes relacionadas con la agricultura y la ganadería.

Incluyo aquí un frontal de altar recientemente restaurado por la cofradía de San Francisco de San Miguel a sugerencia del autor de este texto<sup>43</sup>. Entre los papeles de la cofradía no existe ninguna referencia a su procedencia o autoría. Es de seda y fibras de origen vegetal. Aparece reproducido el santo de La Parrilla en raso de seda de color rojo, con el hábito bordado con el mismo color que la cenefa floral y la cruz. No obstante los pies, las manos y el rostro están policromados sobre papel. Mi hipótesis es que pudo ser elaborado a mediados del siglo XIX con motivo de la celebración de la canonización en Manila y que la comunidad franciscana la haría llegar tiempo después a la cofradía del santo de La Parrilla.

<sup>41</sup> MARTÍNEZ PÉREZ, *Fray Juan Pobre de Zamora*, p. 360.

<sup>42</sup> Agradezco la información sobre esta pieza a Javier Juárez Domínguez la información sobre esta pequeña pieza.

<sup>43</sup> Agradezco la idea al P. Blas Sierra de la Calle, director del Museo Oriental de Valladolid.



Frontal de altar de San Francisco de San Miguel en la ermita del santo en La Parrilla.

#### 6.4. Grabados/dibujos y estampas devocionales

*Veintitrés primeros mártires. San Pedro Bautista y compañeros.* Anónimo 1627. Elaborado en el año de la beatificación. Aparecen todos ellos en tres bandas horizontales. Visten el hábito franciscano y sangran abundantemente. Hay una cartela informativa al pie de la cruz para cada uno de los mártires. En el del lego parrillano aparece el siguiente texto: *infirmarius natus in oppido de la parrilla diócesis vallisoletana*. No aparecen las lanzas en ninguno de ellos ni su ubicación se corresponde con la real. Resulta llamativo que en la parte superior en el centro aparezca el niño Antonio de 13 años.

*Martirio de San Pedro Bautista y sus compañeros.* Grabado al cobre. Autor anónimo. Filipinas. 1627. Roma. Reproduce una disposición que se copiará con frecuencia en el futuro. En el centro en un primer plano la tablilla con la sentencia. En el lado izquierdo asoma un barco donde hay tres personas, desde donde contemplaron las ejecuciones. Asomado a la ventana de una casa el obispo Martins, que presenció el martirio. Aparecen números de identificación. Este grabado marcará una pauta de representación muy importante en los siguientes. El santo de La Parrilla no tiene ningún distintivo diferente al resto de los franciscanos.

*Glorioso martirio de San Pedro Bautista de la Provincia de San José.* Autor Rafael Saleder. Hacia 1627. Realizado por el destacado grabador flamenco Rafael Saleder, sigue el esquema compositivo del anterior, pero en vez de en bandas horizontales los mártires están en semicírculo. Los mártires están identificados con letras sin mucha diferencia entre ellos.

*Crucifixión de San Pedro Bautista y Compañero.* Autor Silvestre Callot. 1627. Aunque no respeta la narrativa de los testigos su reproducción recrea un escenario grandilocuente y dramático. San Francisco de San Miguel, como el resto de los mártires, no está individualizado.



San Francisco de San Miguel en el libro de la cofradía de su nombre.

Los protomártires de Japón, grabado de L. Atlas. El santo de La Parrilla es el primero de arriba por la izquierda.



Portada de la *Crónica de la Provincia de San Diego de México*. México 1682. Obra de Baltasar de Medina. Diseñado a modo de retablo el santo de La Parrilla aparece en la base de la calle derecha. A los pies la inscripción: “San Francisco de San Miguel. Lego”.

Pintura del libro de actas de la cofradía en el Archivo General Diocesano de Valladolid. Año 1735<sup>44</sup>.

*Glorioso martirio de los veinte y tres SS. Protho-Mártires de Japón*. Autor: Laurentius Atlas. 1744. Es una de las mejores láminas. Es obra de un autor filipino. Reproduce con gran detalle lo que relatan las crónicas. Está incluida dentro de la historia del fraile franciscano Juan Francisco de San Antonio. Aparece el juez Fanzaburo a caballo. En la nao de Macao estaban fray Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Juan Pobre que partían para el destierro a Macao. Al pie de las cruces los sacerdotes jesuitas Francisco Passio y Juan

<sup>44</sup> Archivo General Diocesano de Valladolid, Cofradía de San Francisco de San Miguel y otros, 1735-1871.



San Francisco de San Miguel dibujado por el italiano Andrea de Rossi.

Rodríguez (sin embargo no aparecen los tres mártires jesuitas, Pablo Miki, Juan Goto y Diego Kisai). También está el obispo Martíns y se ven las lenguas de fuego que descenden sobre los ajusticiados. Resulta curioso ver a Fray Francisco de San Miguel con el rosario de la mano, tal y como relatan las crónicas. Por tanto este es uno de los casos raros de individualización.

*San Francisco de San Miguel*, por Andrea de Rossi. Este grabado del siglo XVIII, escasamente conocido, es probablemente el único que representa con vida a Francisco de La Parrilla, pues la inmensa mayoría de las ilustraciones que de él conocemos lo retratan en el momento del martirio. Es obra del italiano Andrea de Rossi en *Sancti Trium Ordinum S. P. Francisci Quorum Festum Vel Officium Celebratur*, en torno a 1760.

*Mártires franciscanos de Japón. Beatificados y canonizados por Pío IX en 1862. Dibujo de José Camarón y grabado de Manuel Peleguer.*

San Francisco de San Miguel aparece, con el número 5, y como en el grabado de Atlas individualizado con el rosario de la mano.

Estampa de San Francisco de San Miguel emitida en 1962 por la imprenta librería Gaviaria. Contiene erratas en la datación cronológica que reproduce al pie. Tuvo una amplia difusión durante el centenario de la canonización.

## 6.5 Pintura

*S. fra<sup>co</sup>. de S. Miguel*. Lienzo Museo Nacional del Virreinato. Óleo sobre tela. 42.8 cm largo x 79 cm ancho. Año 1600. Esta imagen es totalmente desconocida, y no aparece recogida por los principales estudiosos de la iconografía de los protomártires de Japón<sup>45</sup>. Es muy temprana, con total seguridad la primera pintura sobre el santo de La Parrilla, y muy atípica, primero porque está representado solo y segundo porque aparece sin las lanzas. La aureola sobre su cabeza advierte sobre la santidad del personaje.

*San Francisco de San Miguel mártir*. Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en Zacatecas. Se trata de otra pintura del mártir de La Parrilla totalmente inédita. Reproduce

<sup>45</sup> PRIETO, Manuel, MUÑOZ, Arsenio, *Primeros mártires en Japón, Nagasaki. Historia e iconografía*, Editorial cuadernos del laberinto, 2ª edición, Madrid 2022.





San Francisco de San Miguel. Museo Nacional del Virreinato. México<sup>46</sup>.

en el mismo lienzo la ejecución, y la coronación como mártir al tiempo que un japonés recoge con una tela la sangre que mana de sus heridas. La ficha consultada no contiene el año de creación, pero parece de la primera mitad del siglo XVII. Tanto esta como la anterior son una muestra de la extensión de la devoción por los protomártires en diversas poblaciones del virreinato, y en concreto del propio San Francisco de La Parrilla.

Pintura de los protomártires en el convento de la Recoleta, Cuzco (Perú). Autor: Lázaro Pardo Lago, 1630. Esta pintura tiene de original el hecho de constituir la primera representación en lienzo de todo el grupo de mártires. Todos aparecen con su nombre identificado, las dos cruces y coronados por ángeles.



San Francisco de La Parrilla en el santuario de Zacatecas<sup>47</sup>.

<sup>46</sup> Licencia de reproducción con fecha 14 de diciembre de 2022.

<sup>47</sup> Agradezco a Javier Juárez Domínguez la información y envío de la fotografía.



*Il martirio dei frati francescani a Nagasaki*. Varallo, h. 1627. Brera, Milán (izq.). *Martirio dei Francescani a Nagasaki*, de Francesco Maffei, Pinacoteca Egidio Martini.

*Il martirio dei frati francescani a Nagasaki*. Tazio da Varallo, siglo XVII, pinacoteca de Brera (Milán) Tazio de Varallo, hacia 1627. Aunque no aporta una imagen individualizada de San Francisco de San Miguel no podemos dejar de citar esta obra porque es probablemente el lienzo de mayor calidad de los protomártires de Japón. Parece haberse inspirado en el grabado de Callot, por tanto se hizo en los años siguientes a 1627, fecha de la beatificación. Varallo ofrece una interpretación impactante, que oscila entre el mundo angustioso del tardomanierismo y la teatralidad barroca de cuño caravaggiesco.

Imagen en el retablo de la capilla del Santísimo Templo de San Francisco, en Quito, Ecuador. Siglo XVII. Conocemos pocos datos sobre esta reproducción del grupo martirial de franciscanos. Lo citamos aquí porque aparece una reproducción de San Francisco de San Miguel aún con vida, aferrado a la cruz y sosteniendo una palma, cuando en otras calles del retablo aparecen ya alanceados dos hermanos franciscanos.

*Martirio dei Francescani a Nagasaki*, de Francesco Maffei, Pinacoteca Egidio Martini. No se conoce la fecha de elaboración ni otros datos de encargo u otras circunstancias, pero hubo de ser pintado años después de la beatificación en el siglo XVII. Apenas conocido

entre los estudiosos de la iconografía de los protomártires –razón por la que la traemos a colación–, se trata de una obra de perfecta factura manierista. La escena se abre con un potente escorzo y se desarrolla en un espacio angosto de libre interpretación. La estilización y los fondos oscuros recuerdan la influencia de Tintoretto. Al priorizarse a tres de los condenados, mientras el resto aparece al fondo, parece tratarse del grupo de jesuitas encabezado por Pablo Miki.

**Pinturas de San Francisco de San Miguel en Roma durante la canonización del 8 de junio.** Consta que en la celebración el santo de La Parrilla fue reproducido en varios de los estandartes y cuadros que se confeccionaron para la ocasión. En dos de las pinturas del interior –exactamente en los arcos octavo y noveno–, ubicadas en dos de los catorce medallones dispuestos para la ocasión, aparecía representado por el pintor Gavardini él solo en la reproducción de los milagros de Camarines<sup>48</sup>. Lamentablemente no tenemos constancia de su existencia.

## BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICA

- GARCÍA, Martín, *Novena en honor de los Santos Mártires del Japón, seguida de un extracto de sus vidas admirables*, Imprenta de Miguel Sánchez y Cía, Binondo 1865.
- GÓMEZ PLATERO, Eusebio, *Catálogo biográfico de los religiosos franciscanos de la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas desde 1577 en que llegaron los primeros a Manila hasta los de nuestros días*, Imp. de Santo Tomás, Manila 1880.
- HUERTA, Félix, *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la santa y apostólica provincia de San Gregorio Magno, de religiosos menores descalzos de la regular y más estrecha observancia de N.S.P.S. Francisco, en las Islas Filipinas*, Imprenta de M. Sánchez y Cía, Binondo 1865.
- NENCLARES, Eustaquio María, *Vidas de los mártires del Japón, San Pedro Bautista, San Martín de la Ascensión, San Francisco Blanco y Francisco de San Miguel, todos de la orden de San Francisco, naturales de España, Seguida de una reseña biográfica de los 22 restantes no españoles y la de San Miguel de los Santos*, Imp. de la Esperanza, Madrid 1862.
- RIBADENEIRA, Marcelo de, *Historia de las Islas del Archipiélago y Reynos de la Gran China, Tartaria, Cunchincina, Malaca, Sian, Camboxa y Iappon, y de los sucedido en ellos a los Religiosos Descalzos, de la orden del Seraphico Padre San Francisco*, Imprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, Barcelona 1601.

<sup>48</sup> Las pinturas reproducían dos milagros del santo de La Parrilla en Filipinas. Del mismo modo San Francisco de San Miguel aparecía en el arco duodécimo con Fray Pedro Bautista aquietando la tempestad que se desató en el mar durante el viaje a Japón. SÁNCHEZ FUERTES-LAVADO PARADINAS, *San Pedro Bautista y sus compañeros mártires en el arte*, 144-147.

- ROSA, Domingo de la, *Los mártires del Japón. Solemnes fiestas que en su conmemoración les dedica la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas los días 12, 13 y 14 de noviembre de 1865*, Imprenta de Ramírez y Giraudier, Manila 1865.
- SAN ANTONIO, Juan Francisco de, *Crónicas de la apostólica provincia de San Gregorio de religiosos descalzos de N.S.P. S. Francisco en las Islas Filipinas, China y Japón*, impresa en la imprenta del uso de la propia Provincia, sita en el Convento de Ntra. Señora de Loreto del pueblo de Sampaloc, extramuros de la ciudad de Manila, por Fr. Juan del Sotillo, 1744.
- SANTA MARÍA, Juan de *Crónica de la provincia de San José de los Descalzos de la Orden de los menores de nuestro seráfico Padre San Francisco y de las provincias y custodias descalzas que della han salido y son sus hijasen* la Imprenta Real, Madrid 1616, II.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- AGAPITO Y REVILLA, Juan, *La obra de los maestros de la escultura vallisoletana. Papeletas ra zonadas para un catálogo*, Imprenta de E. Zapatero, II, Valladolid 1929.
- BLANCO ANDRÉS, Roberto, *San Francisco de San Miguel. Fraile, embajador y mártir en Japón*, Valladolid, Galland Books, 2016.
- BORGES MORÁN, Pedro, «Los problemas de la Iglesia (1568-1700)», en RAMOS PÉREZ, Demetrio (Coordinador), *América bajo los Austrias*, Manual de Historia Universal, Ediciones Nájera, Madrid 1987.
- CABEZAS, Antonio, *El siglo ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*, Universidad de Valladolid, Valladolid 2012 (primera edición 1995).
- CALDERÓN, Francisco (transcripción y notas de Hipólito Barriguín Fernández), *Primera parte de la Crónica de la Santa Provincia de la Inmaculada Concepción*, Valladolid, Imprenta Kadmos, Diputación de Valladolid 2008.
- EGIDO LÓPEZ, Teófanos, «Vida y milagros de San Pedro Regalado», en BURRIEZA SÁNCHEZ J., (Coord.) *La Ciudad del Regalado*, Ayuntamiento de Valladolid, 2004.
- FERNÁNDEZ DEL HOYO, María Antonia, *Patrimonio perdido. Conventos desaparecidos de Valladolid*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid 1998.
- LAVADO PARADINAS, Pedro J., *San Pedro Bautista y sus compañeros mártires en el arte*, Imprenta Élite, Arenas de San Pedro 2014.
- «El hospital de San Lázaro de Manila, siglos XVIII y XIX», en *Archivum Franciscanum Historicum* 108, (2015), 249-300.
- LEJARZA, Fidel de, *Bajo la furia de Taikosama*, II, Cisneros, Madrid 1961.
- MARTÍNEZ PÉREZ, Jesús, *Fray Juan Pobre de Zamora. Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón "San Felipe"*, Cuarto Centenario del Martirio, Diputación provincial de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, Ávila 1997.

- MARTINEZ SOPENA, Pascual, «La capital del rigor. Valladolid y los movimientos observantes del siglo XV», en BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier (Coord.) *La Ciudad del Regalado*, Ayuntamiento de Valladolid 2004.
- PACHECO, Diego, *Mártires en Nagasaki*, editorial El Siglo de las misiones, 1962.
- PÉREZ, Lorenzo, «Relación del viaje del galeón San Felipe, de su Majestad, arribada que hizo al Japón y su pérdida y lo más sucedido año 1596», en *Archivo Iberoamericano* 16, (1921).  
— «Fr. Jerónimo de Jesús, restaurador de las misiones del Japón. Sus cartas y relaciones (1595-1604)» en *Archivum Franciscanum Historicum* 19, (1926).
- PRIETO, Manuel, MUÑOZ, Arsenio, *Primeros mártires en Japón, Nagasaki. Historia e iconografía*, Editorial cuadernos del laberinto, 2ª edición, Madrid 2022.
- REYES MANZANO, Ainhoa, *La cruz y la catana: relaciones entre España y Japón (siglos XVI-XVII)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de La Rioja, Servicio de publicaciones, 2014.
- RODRÍGUEZ, Isacio, «Filipinas: La organización de la Iglesia», en BORGES, Pedro, *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Estudio teológico de San Ildefonso de Toledo, Quinto centenario (España), Madrid 1992, 703-720.
- RUIZ DE MEDINA, Juan, *El martirologio del Japón, 1558-1873*, Institutum Historicum S. I., Roma, 1999.
- SÁNCHEZ FUERTES, Cayetano, «El hospital franciscano de los naturales de Filipinas, siglos XVI-XVII», en *Archivum Franciscanum Historicum* 104, (2011), 107-147.
- SANTA MARÍA, Juan de, *Relación del martirio que seis padres descalzos franciscanos, tres hermanos de la Compañía de Jesús y diez y siete japoneses (sic) cristianos padecieron en Japon*, Raycar impresores, Madrid 1966.